

# Buscando la noche que Perdimos



Miguel Ale

Buscando  
la noche  
que perdimos

Miguel Ale

Copyright © 2018 Miguel Ale

Todos los derechos reservados. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público

“Que nunca intentaré olvidarte, y que si lo hiciera, no lo conseguiría.”

*Rayuela*, Julio Cortázar

# Índice

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[12 bis](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

# 1

Llegó con mucha anticipación al aeropuerto. De manera inconsciente, puede que pensara que por anticiparse, el vuelo saldría antes. No llevaba demasiado equipaje, como era su costumbre. Una maleta mediana y un equipaje de mano con unas pocas cosas. Eso sí, su ordenador portátil y un cuaderno grande como elementos prioritarios. Obviamente varios bolígrafos. Fernando estaba escribiendo una novela. Y como sería la primera, si llegaba a concluir, navegaba entre las dudas de todo principiante; si escribirla manualmente o directamente en la computadora.

Viajaba a Miami desde Barcelona, su lugar de residencia. ¿Por qué motivo? No lo tenía claro, la verdad. No como para explicarlo y ser tomado en serio. Porque cuando alguien hace algo buscando un milagro, parece un ingenuo o un iluso. Un inmaduro. A no ser que sea un ruego a Dios o la Virgen. A demonios varios o divinidades de una vasta galería. Y él ya había cumplido veintiocho años hacía varios meses y obtenido el título de astrofísico hacía cuatro, en la Universidad de La Laguna de Canarias.

Después de despachar la maleta, bajó una planta y obtuvo un carísimo café de la impersonal máquina del bar y se acomodó en una mesa solitaria. Ensimismado en el proyecto de novela, algo distraído por la gente que pasaba y más que nada por la expectativa de lo que le depararía llegar a Miami después de tres años, el cotizado cafecito, después de perder la espumita, se fue enfriando hasta ese nivel de tibieza que lo vuelve intomable.

Y como el tiempo no se detiene, llegó el momento en que ingresó en la puerta de embarque, siguió los vericuetos como uno más del rebaño hasta encontrarse con los demás pasajeros que tomarían ese vuelo y aguardó, hasta que habilitaron el ingreso a la nave.

A la hora señalada, el avión se puso en movimiento. Inició el carreteo entre temblores y cuando más se incrementó el rugido de esos motores que uno presiente poderosos, el vuelo número tanto y tanto y tal y tal de American Airlines, abandonó el contacto planetario y comenzó a surcar el espacio, lugar que parece ser el hábitat natural de estos pájaros artificiales, de no ser que obligadamente los tienen que hacer descender para alimentarse y de paso, dejar en libertad sobre la tierra a esos intrusos que rellenan su vientre,

seguirían surcando el aire, ansiosos de infinitos.

Desabrochado el cinturón, después de escuchar al comandante dando el discurso de protocolo por los altavoces y ver a una asistente dar las indicaciones habituales a los pasajeros, Fernando dejó pasar pocos minutos para que, después de mirar la negrura de la noche y algunas luces lejanas de la superficie cada vez más distante, se pusiera de pie para sacar su equipaje de mano del compartimento ubicado justo sobre su asiento.

Luego de tres o cuatro movimientos con el cuerpo hasta dejarlo bastante satisfecho de comodidad, con el ordenador puesto sobre la mesa individual, alzó la vista al notar el comienzo de los desplazamientos del personal de servicio a los viajeros. En su fila de tres asientos estaba solo. Le pareció un detalle casual, ya que el avión iba con su capacidad prácticamente completa.

De pronto, entre las azafatas, la vio. No dio crédito a lo que sus ojos le confirmaban con firmeza a medida que pasaban las fracciones de segundo, porque algo en su cerebro le indicaba que eso no podía ser verdad. Pero era ella. Era verdad. Y en esa enloquecida mixtura de sentimientos encontrados, de sorpresa que se vuelve dolor y alborozo de sabores agrios, sintió cómo que caía sobre él un tanque blindado ruso T 14 de 48 toneladas de peso desde la planta 141 del ostentoso Burj Khalifa de Dubai.

Sí, era ella. Y si fuera una alucinación, deseaba que siguiera. Esa bella azafata era Mary.

## 2

Hacía tres años que había hecho un viaje a Miami, encomendado por su padre, el empresario hotelero Melchor Martínez Sobremonte, para realizar una gestión que juzgaba delicada. De paso, Fernando aprovecharía para arreglar una cuestión personal que estimaba tan delicada como el propio encargo.

Cinthy Heilderber se había asociado a su padre en la propiedad de dos hoteles en la zona de Brickell, distrito financiero de Miami. Ella era poseedora de una cadena de albergues diseminados por las costas de Florida, Georgia y California. Y en un congreso de hoteleros en París, presentados por un colega, había simpatizado con Melchor. Y dado que a los dos siempre les había hecho ilusión invertir al otro lado del Atlántico, decidieron comenzar en Miami.

Hasta que casi un año después, Melchor le comentó a su hijo que había decidido disolver la sociedad con la norteamericana. Omitió dar explicaciones. Solo dijo que había encontrado irregularidades a nivel contable y algunos datos de su vida privada que no eran de su agrado. Sin especificar cuáles. “¿Sigues teniendo una relación sentimental con ella?” le había preguntado. “Bueno, digamos que la tuve” había sido su respuesta. “Ten cuidado, hijo” fue la advertencia de Melchor. “Que no es trigo limpio.”

Y era para tener en cuenta esa recomendación, porque su padre no era hombre de inmiscuirse en las decisiones personales de ninguno de sus hijos. Ni cuando niños. Daba sus consejos, sugerencias, pero no era persona de controlar hasta la persecución y mucho menos coartar la libertad de pensamiento de nadie. Era hijo de un trabajador anarquista de Toledo, que en épocas duras para el campesinado emigró a Madrid. Ahí se había casado con una asturiana. Y juntos, y con mucho esfuerzo, pudieron dar educación a sus tres hijos. Melchor era el mayor y había conseguido su título de abogado.

En uno de sus tantos viajes a Barcelona, Cinthya había puesto los ojos en Fernando. Era escandalosamente visible. También era diez años mayor. Habían hecho el amor por primera vez en Cadaqués. Y a decir verdad, Fernando había quedado deslumbrado con el huracán apasionado que era esta mujer en la cama.

Todas las semanas de ese verano y puntualmente por dos días, ella

llegaba a Barcelona desde cualquier parte de América o Europa donde estuviera, para entrevistarse con Melchor, siempre que lo hallara, por asuntos de negocios, pero más que nada, para acostarse con Fernando, a quien consideraba oficialmente su novio.

Hasta que un día, en una de sus habituales llegadas, se presentó con dos acompañantes, uno muy joven y otro cercano a los cincuenta. Dos hombres con apariencias de fisicoculturistas que ella presentó como empleados de su confianza.

Llegada la noche, Cinthya lo invitó a pasar la noche en la suite de un lujoso hotel de la avenida Diagonal. Apenas entraron y mientras ella sacaba de la nevera una botella de cava, aparecieron desde la habitación los dos acompañantes abrazados, sonrientes y desnudos. Con los penes erectos. Al ver su turbación por la sorpresa, ella se le acercó y tomándolo de la mano le dijo: “Tranquilo cariño, solo por hoy hagamos una buena fiesta los cuatro”. Como Fernando no contestara, agregó: “Mi amor, te prometo que solo hoy ¡ya que estamos! que después que nos casemos esto no se repetirá, ¿vale?... tómalo como una despedida de solteros, ¿sí?”

Antes de retirarse, Fernando le aclaró que no hacía un juicio de valor sobre sus gustos y preferencias, solo que se sentía engañado al haber sido traído sin que le advirtiera con qué se iba a encontrar. “Entonces yo hubiera optado entre venir o no.” “¿Y cuál es tu decisión?” preguntó. “Me marchó” respondió y mientras salía vio que los dos *bodyguard* se prodigaban besándose en la boca.

Desde ese encuentro, no se habían vuelto a ver. Ella lo había llamado por teléfono en dos oportunidades, en las que solo habían intercambiado escuetos saludos formales. Con su padre se habían reunido un par de veces en la Costa del Sol y eso era todo.

Hasta que le había llegado el encargo de su padre de viajar a Miami. Y él juzgó oportuno aprovechar para hablar con ella sobre la relación que habían tenido. Dar la cara como un caballero. Mantener una amistad si ella lo aceptara y quedar sin rencores ni reproches. Él había sido criado en un hogar de personas sensatas y tolerantes. Había nacido en Madrid, como su padre, y criado desde los tres años en Barcelona. Y se sentía orgulloso de pertenecer a las dos ciudades.

En Miami debía entregarle una carpeta en mano y hacer que le firmara un acuse de recibo. Algo que Melchor podía haberlo hecho por otras vías; por ejemplo, a través de un estudio de abogados y consultores murcianos, con

muchos años en Florida. Pero él había preferido que fuera un Martínez quien diera la cara.

Y puede que otra de las razones fuera el ir preparando a Fernando para que con el tiempo se hiciera cargo de los negocios familiares. Algo que hasta el momento había contado con su negativa. Era astrofísico, pero al parecer nunca habría de dedicarse a esa profesión. Tampoco se mostraba interesado en el mundo empresarial. Ahora estaba empeñado en escribir una novela. Pero solo su hermana Carolina, estudiante de Arquitectura, y su hermano Oriol, bueno, también Gonzalo, que recién comenzaba abogacía, lo sabían. Y lo alentaban.

### 3

—¡Mary! ¡Qué sorpresa verte! —dijo Fernando en voz baja, con contenidas ganas de gritar, apenas ella se acercó.

—Lo mismo digo —dijo ella con voz fingida de naturalidad, de estudiada amabilidad para tratar al público. Pero un ligero temblor del mentón, que hizo agitar su labio inferior, evidenció su conmoción.

—Pero tú sabes que soy de Barcelona y encontrarme por aquí... no sé, es más factible que yo pudiera cruzarme contigo por alguna parte.

—Sí, es verdad... pero ya ves...

Estaban ambos sin palabras aunque hablaran. Alterados. Mucho más ella, condicionada por el uniforme que lucía y en todo momento le recordaba que estaba en un horario de trabajo, vigilada, controlada y no sabía bien si hasta escuchada. Obligada a cumplir estrictas normativas.

—¡No puedo creer que te haya encontrado! Pasaron tres años.

Fernando también era consciente de la situación comprometida de ella y después de decir la última frase, también le dijo lo que había pensado; que siguiera con su trabajo y que donde fuera y cuando fuera, se verían y seguirían hablando.

—Si tú lo deseas, claro —aclaró.

—¡Cómo no voy a desearlo! Sí. Finalizado este vuelo dispongo de un día y una noche libre.

—Vives en Miami, como siempre, ¿no?

—Actualmente sí. Volví hace pocos meses.

—¿Cómo que volviste? ¿Dónde te habías ido?

—Ya te lo contaré... ¿deseas algo para beber?

—No, no, gracias... tengo el estómago anudado—. Fernando se señaló el plexo.

—Yo también —reconoció Mary sin señalarse nada y agregó—: en pocos minutos serviremos la cena. —Y se fue.

## 4

Tres años atrás, apenas amanecía, Fernando había llegado al aeropuerto de Miami y ante la disyuntiva de rentar un coche o tomar un taxi, prefirió lo último. La reserva de hotel ya la había hecho su padre en un Marriot, evitando que fuera a parar a uno de los Tioga Wilson, ya que la separación societaria se había realizado y, no quería que su enviado quedara debiendo favores a Cinthya, que de seguro se negaría a presentar la factura.

A las once en punto se presentó en las oficinas de Flagler casi llegando al Biscayne Boulevard. Una de las recepcionistas consultó por teléfono y le comunicó que la señora Heilderberg ya estaba enterada de su llegada, pero por un lapso que esperaba no fuera muy prolongado estaría ocupada. Mientras tanto, le enviaría a una secretaria ejecutiva para que fueran adelantando todo lo referente a la documentación que portaba. Tres minutos después, apareció la persona anunciada.

Salió de uno de los cinco ascensores y con paso firme y elegante caminó hacia él. “¿Señor Martínez Brown?” preguntó en perfecto castellano, mientras esbozaba una sonrisa cordial. Entonces Fernando se ponía de pie mientras decía “Sí, soy yo” y se estrecharon las manos. “Soy Mary Wilson y mientras se vaya desocupando Cinthya, lo invito a que me acompañe a mi despacho, si es tan amable.”

Entraron a un ascensor y subieron dos o tres plantas. Antes de salir de la caja metálica, Fernando ya estaba enamorado de esta muchacha. No precisaba averiguar por qué. No hacía falta. Y este convencimiento inapelable no le causaba gracia ni le producía asombro. Nunca le había ocurrido algo semejante; ni siquiera aproximado, pero no se sentía perturbado en absoluto.

En el amplio despacho, ella, con una frase inaudible y un claro ademán, lo invitó a sentarse en un sofá. Y en vez de ir a ocupar su sillón, detrás del escritorio, se sentó frente a él, separados solo por una ovalada mesa baja. Fernando la miró con un desparpajo tal, que en una situación normal no lo hubiera hecho por considerarlo una acción atrevida. Ella lo advirtió y bajó la vista sin decir palabra.

Sintió que no era muy consciente y responsable de sus actos. Y al mismo tiempo, y por esas mismas falencias, se supo incapaz de poner freno a

lo que estaba anulando sus inhibiciones.

Mary Wilson estaba levemente pálida. Y levemente temblorosa. Se había vuelto leve. Fernando hacía pocos minutos que la había conocido, pero esta muñeca bellísima y frágil contrastaba como el día y la noche con la mujer arrolladora que lo había ido a recibir.

Después de muchos intentos, como los tartamudos que luchan para sonorizar hasta un mínimo discurso, él le manifestó que quería concertar con ella una entrevista informal en cualquier parte. Una conversación, tomar un café. Quería que no lo malinterpretara, pero sentía que debía decírselo. Que lo tomara como un ruego si así lo deseaba. Que no estaba loco ni drogado, ni había un motivo especial en esta propuesta. Y mucho menos un mandato o planificación. Y que si ella se sentía ofendida por su audacia imprevista, se lo hiciera saber que él no tenía inconveniente alguno en disculparse.

Mary reconoció estar confundida, no sentirse ofendida y aceptar en verse después de las cinco de la tarde, cuando finalizara su horario de trabajo. Se encontrarían en el bar de la esquina, el de la acera del Olympia Theater. Todo esto lo dijo comprimiendo un pañuelo sobre sus ojos. Como tratando de impedir que algo afectara la perfección de su maquillaje.

## 5

—¿Cuánto hace que trabajas en esta empresa?

—Poco tiempo —contestó Mary por lo bajo—. Nueve meses.

—Un parto —dijo Fernando y esto provocó que Mary ahogara una risa.

Prácticamente todo el pasaje dormía. Ella dijo haber hablado con su jefe, el auxiliar de vuelo, y la había autorizado a que se sentara a conversar no más de una hora, con ese solitario pasajero de quien dijo que era su primo.

—¿A qué te dedicas actualmente?

—Estoy escribiendo una novela —contestó Fernando algo cohibido.

—Qué bueno. No sabía que eras escritor. Aunque en verdad, en el poco tiempo que nos...

—No soy escritor.

—... vimos, todos los sucesos vertiginosos que ocurrieron y sumados los...

—No soy escritor.

—... tres años que pasaron... si me lo dijiste no lo recuerdo.

—¿No me estás oyendo? —preguntó Fernando.

—Sí... me estás diciendo que no eres escritor... pero...

—Es la primera vez que me decido a hacerlo.

—... pero me pasa que si dejo de hablar...

—Ni siquiera sé si saldrá algo aceptable.

—... creo que me pondré a llorar y no quiero hacerlo.

—Lo sé, lo sé. —Fernando la abrazó y la atrajo con fuerza contra su pecho.

El sollozo de Mary era solo audible para él. Lo superaban los ruidos de marcha de la nave y algunos leves de la gente más próxima. La sintió temblar entre sus brazos, pero no se alarmó. El día en que se habían conocido, en que se habían deslumbrado mutuamente, él la había visto temblar. La diferencia radicaba en que ahora, aunque colmado de incertidumbre, la tenía entre sus brazos.

Unos minutos después, con visible calma, Mary fue levantando la cabeza hasta que chocó su mirada con la de Fernando. La sostuvieron unos

instantes y después, como por lentas secuencias deliberadas, hechas por un hábil creador de emociones que en este caso no existía, fueron acercando los rostros y sus bocas comenzaron un duelo, con esa suavidad que antecede al comienzo de una furia presentida.

—Debo irme —susurró Mary en inglés y después de sonreír lo repitió en castellano.

—Bien, he perdido la noción de la hora, pero haces bien; no es bueno abusar de las licencias concedidas. Pero antes de que te marches quiero que sepas que me has hecho un regalo invaluable con tu presencia.

—Y tú con la tuya, Fernando. Hasta ahora cariño.

La abuela materna de Mary Wilson era nativa de Logroño. Su familia había emigrado a Nueva York cuando ella tenía quince años. Pero nunca había perdido los lazos culturales españoles y se había tomado como una misión sacra e ineludible, enseñar el idioma castellano a su descendencia. Y por contagio, hasta su marido que había nacido en Gales, hablaba aceptablemente la lengua de su esposa.

La madre de Mary, Carolina, también había tomado la posta de su progenitora y en el hogar, jamás le había hablado en otra lengua que no fuera el español. Y al igual que su suegro galés, su padre, Peter Wilson, se mostró complacido que su única hija también tuviera en cuenta en su formación educativa y cultural, la parte ibérica que llevaba en la sangre.

## 6

Siguiendo con los acontecimientos acaecidos hacía tres años, apenas acordaran Mary y Fernando en verse con posterioridad, alguien picó la puerta. Y sin esperar aprobación, entró. Era un hombre corpulento, maduro cercano al medio siglo, con traje negro, camisa blanca, corbata gris oscura y unas gafas enormes, con curvatura panorámica, renegridas, que le cubrían la cara desde arriba de las cejas hasta la mitad de los pómulos.

Un veloz flash de la memoria le dejó a Fernando la indecisa impresión de conocerlo de alguna parte. Pero los sucesos emocionales que había estado experimentando, sumado al estrés de todo viaje y lo incómodo y antipático que le adosaban a su ánimo las dos misiones que venía a cumplir, no lo ponían en situación óptima de agudizar recuerdos. Además esas gafas, por sus dimensiones, dificultaban el reconocimiento instantáneo hasta de caras habituales.

Y fue ese enmascarado el que lo condujo hasta el despacho de Cinthya. Cinco metros antes que llegaran a la puerta, un hombre joven salió con advertible premura. Miró a los que llegaban de reojo y se alejó veloz, en sentido contrario.

Fernando lo reconoció sin esfuerzo. Era uno de los dos acompañantes de Cinthya, aquella noche en que fue llevado sin prevenirlo, por la que hasta ese momento decía ser su novia con planes matrimoniales, a ese hotel de la Diagonal de Barcelona. Y el de las gafas enormes era, por descontado, el más mayor de aquella noche desagradable.

Cinthya lo recibió sonriente. Abandonó su sillón tras el amplio escritorio y vino hacia él. Un amplio ventanal dejaba ver la parte del mar que separa el Downtown de Miami Beach. Entre varios cuadros de estilos paisajistas, figurativos y algunos abstractos, ocupaban un lugar destacado dos fotografías enmarcadas. En una aparecía ella abrazando a un hombre bastante maduro, sumamente elegante. En la otra, el mismo hombre solo en un retrato facial.

Le rodeó el cuello con los brazos y lo miró con intensidad, sin perder la dulzura en la línea curva que dibujaban los labios en su boca cerrada. Era preciosa; eso era innegable.

La sonrisa de Fernando fue forzada y también a boca cerrada. Por eso se estrellaron contra ese cerrojo los movimientos del beso que ella intentó darle y también la lengua, que trató de abrir el camino para encontrarse con la de él.

Ella abandonó el intento y deshizo el abrazo, que Fernando no había correspondido, lentamente, sin decir una palabra ni exteriorizar fastidio. Y en contados segundos recuperó la sonrisa, abrió apenas los brazos con las palmas de las manos hacia adelante, como quien dice “Vale, ¡si no quieres que te bese!” y con un gesto lo invitó a sentarse, mientras ella se encaminaba al suyo.

Estaba vestida con un ajustado tejero azul, roto y deshilachado en varias partes y una túnica corta de encaje, color lila. Botas también tejanas de tono marrón claro y una profusión de pulseras en ambas muñecas. Sin ser experto, en todo lo que lucía se adivinaba un alto coste.

Fernando no demoró en abrir la carpeta con la documentación que le confiara su padre. Cinthya, después de darle una lectura somera dijo que “No entiendo porqué Melchor te envía para completar innecesariamente algo que ya estaba finiquitado. Solo por un detalle sin relevancia que podían haberse encargado los consultores.”

Como Fernando no contestara, ella había dicho en forma de pregunta “¿O eres tú el que quería verme?” y también en tono con variable interrogación, agregar “¿Eres tú el que tiene cosas para decirme?”

Entonces, él le explicó que le parecía un detalle de caballero venir personalmente; “dar la cara”, para anunciarle algo tan trascendente como lo era la ruptura de ese noviazgo, si bien propuesto casi unilateralmente por ella y aceptado por él, más el agregado de fines matrimoniales.

Cinthya pareció acusar el impacto. Y no porque exteriorizara alguna alteración, sino por algunos signos visibles por impedirla. Parecía más que de ordinario una mujer autoritaria, tirana, más que de razones de sus caprichos. Atemperaba estos síntomas enfermizos su majestuosa belleza física. Porque la mayoría de las personas de ambos sexos, por diversos factores, sucumben ante esta apariencia. Aún cuando fingen ignorarla.

Y como toda materia sometida a tratamientos extremos, acaba experimentando una metamorfosis que la convierte en lava o hielo, Cinthya estalló. “¿Y tú te crees, latino pretencioso, que vas a jugar así como así con una Heilderberg? ¿eh? ¿eso crees?” vociferó como una posea. “Será saludable que recuerdes esto que me inculcó mi padre: a todo el que me haga una afrenta habré de pasarle la factura.”

Y prosiguió con la gritería, siempre apelando a argumentos falsos. Fernando la escuchaba en silencio, aguardando el momento en que, más por fatiga que por raciocinio, se calmara. Mientras tanto, pensaba que había sido ella quien lo buscó para iniciar una relación. Porque de su parte, no obstante reconocer su atractivo, no se le había cruzado ni por aproximación el pretenderla como pareja. Porque no había habido un flechazo y es posible, que considerara no apropiado relacionarse con una mujer diez años mayor y encima socia de su padre.

Pero la exaltada no callaba. Y cuando él notó que de seguir con esta situación, pronto entraría en riesgo de perder la calma, recuperó la calma cuando recordó que esa misma tarde se encontraría con Mary, la secretaria ejecutiva de la empresa, que le había hecho experimentar extrañas sensaciones, que también en ella las viera reflejadas.

Cuando lo vio ponerse de pie, Cinthya pareció aminorar la marcha en su loca carrera verbal. “¿Quién es ella? ¡dímelo! ¿quién? ¡no seas cobarde! ¡anda, dime! ¡dilo! ¿o mi rival es un hombre y no lo admites porque no te decides a salir del armario y aquella noche en Barcelona, delante de mis amigos, fingiste sentirte ofendido para no darte a conocer?”

En realidad era muy poco lo que había aminorado. Así y todo, Fernando dijo “Falta que me firmes este papel y me retiro.” Y vaya alguien a saber porqué extraño sortilegio, cerró la boca y firmó. Pero, ¿cuánto tiempo dura hacer una firma? De promedio ¿diez segundos? De acuerdo. Ese fue el tiempo que se mantuvo callada.

Y siguió borde con su discurso sacado, hasta que Fernando cerró la puerta tras de sí. Pero hechos seis u ocho metros por el pasillo y faltando otro tanto para tomar la curva hacia los ascensores, oyó abrirse una puerta tras de sí y de nuevo la voz de Cinthya, ya acusando disfonía. “¡Y dile al viejo puto de tu padre que morirá con las ganas que lo tenga entre mis piernas!”

A lo largo de la conversación mantenida hacía un momento con Mary, Fernando le había confesado que su novela aún no tenía título.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque todavía no tiene una temática definida.

—¿Y de qué trata?

—Tampoco eso está resuelto. Escribo impresiones de un hombre que perdió a la mujer que ama. Son relatos, la mayoría cortos, en los que rememora cosas del pasado. Con ella y sin ella. Y en otros, planea e imagina hechos del futuro, de qué puede ocurrir si la llegara a encontrar y si la encontrara y la volviera a perder.

—¿Y por qué la perdió?

—Lo ignora. Un día vuelve a su casa y ya no está. Pregunta a vecinos y amigos si la vieron pero ellos, en su totalidad, demoran en responder. Si son varios se miran unos a otros para finalmente negar haberla visto. Esto, en una de sus tantas lucubraciones, lo lleva a pensar si ella realmente existió. O si él en verdad existe. Si está loco. O está muerto. Duda, pero no deja de buscarla porque siente que es el fundamento de su vida. Y si él no tuviera vida, ella lo es y él quiere vivir.

—Me resulta interesante el planteo. Pero la temática es bastante complicada ¿no?

—Sí, lo es.

—¿Y cómo se resuelve?

—Lo ignoro. Ni siquiera sé si tiene resolución.

—¿Piensas publicarla?

—Lo intentaré. Pero si me la tiran por la cabeza en las editoriales no voy a afligirme. Será que seré malo escribiendo y sabré asumirlo.

—¿Qué fue lo que te inspiró? Te motivó, no sé... si es que puedes contarlo.

— Sí, no tengo inconveniente. Fue algo que me ocurrió hace tres años. Una pérdida. Un extravío.

—¿Tendrías ganas de escribir en este momento?

—No. Porque temo que se me podría ocurrir buscar el final. Y todavía

falta darle más contenido. Además, el final que presiento podría modificarse; no ser el que yo anhelo.

Y dejando que Cinthya siguiera con su discurso histérico, Fernando bajó, cruzó la recepción de la planta baja saludando de manera displicente y salió a la calle. Se detuvo un instante, miró hacia ambos lados y decidió remontar hacia el lado de la *Little Havana*. Su reloj le indicó que era casi la una.

Al llegar a la primera esquina cruzó a la acera de enfrente. Y al llegar a la calle uno N.E. se detuvo en un puesto de *hotdogs*. Pidió el completo más grande de salchicha americana y luego uno pequeño de viena. También una lata de refresco de piña que una vez acabada, arrojó al papelero y siguió subiendo. Al llegar al río, buscó un lugar donde sentarse en la hierba y se dedicó a observar los movimientos de las embarcaciones.

Absorto en el paisaje urbano, no reparó que alguien se había acercado hasta detenerse a su costado. Levantó la cabeza y vio a un hombre alto, rubio y avejentado, con aspecto de vagabundo. Saludó en inglés y preguntó si hablaba castellano. “Soy español” fue la respuesta de Fernando. “¡Oh, español!” había dicho el vagabundo, para agregar “Perdone usted, lo molesto solo para pedirle un dólar, si usted puede, porque ya es tarde para pedir una *quarter*, que antes sí era dinero pero en estos tiempos... y es para comer alguna cosa y, ¿para qué voy a mentir? si me es posible también echarme un *drink*, ¡vamos! alguna *Bud*... solo eso.”

Fernando no necesitó hurgar en los bolsillos porque estaba seguro de no tener monedas. Extrajo la billetera y al abrirla vio que no tenía ni un billete de un dólar. Cuando le entregó uno de cinco, el vagabundo se sorprendió y le agradeció con efusión. “¿Puedo sentarme un momento?” había preguntado. “Sí, por supuesto” fue la respuesta de Fernando.

Un Toyota Yaris, color gris metalizado, se detuvo en lo alto de la calle. Era imposible ver quién lo ocupaba porque tenía cristales polarizados. Fernando pensó que sería o serían personas que al igual que él querrían contemplar el río. Pero como a los dos o tres minutos reanudaron la marcha. También pensó que la presencia de ellos los habían amedrentado. Y sonrió divertido.

“Soy cubano” comenzaría diciendo el vagabundo, para luego explayarse sobre su vida desde la llegada a la Florida. “Fui sicario de

narcotraficantes y después un narco en ascenso, cuando el alemán Heilderberg y el propio Aguilar me asociaron con un tres por ciento ¡una barbaridad! hasta que empezó la limpieza por los ochenta”.

Contó que estuvo varios años en prisión y cuando fue puesto en libertad, no le quedó más opción que vivir en la calle. “De mi mujer no sabía su paradero y mucho menos de mi hijo, que era lo que más me importaba en la vida. Después algo supe y me alegré. Trabajaba para la justicia, era muy respetado; alguien útil para la sociedad hasta que el submundo del pasado se lo llevó; una cuenta que me resta por arreglar porque sé de dónde procede.”

En la cárcel se había deteriorado su salud física y mental, como consecuencia de sus excesos anteriores. “Yo entraba y salía del Mutiny como si fuera mi propia casa... ¿oyó hablar de ese lugar?”

“Sí” había dicho Fernando. “Era un hotel” y aclarado que lo conocía porque su padre, del rubro hotelero, lo había mencionado algunas veces. También relatado la vinculación con los narcotraficantes y su triste final.

“En este mismo predio donde estamos” agregaba mientras se incorporaba “cada santa mañana aparecía tirado uno o más cadáveres, como consecuencia de los enfrentamientos entre mafias. Ahora todo se ve tranquilo, pero a no creer que las organizaciones criminales dejaron de existir... ¡no señor!... serán más pequeñas, más encubiertas, protegidas, pero están. Y por dinero hacen lo que les pidan. Siempre hay una cifra que compra a cualquier hombre.”

Fernando vio cómo se alejaba. Cómo se detenía casi llegando al comienzo del puente para darse vuelta y saludarlo con la mano en alto. Y proseguir la marcha con el paso cansado de los caminantes.

Y quedó recordando palabras y gestos que había vivido en las pocas últimas horas en lo que iba del día. El pordiosero dijo ser Hernández. Y haber conocido y trabajado para un narcotraficante apodado “El Perro”. También vino a su mente la figura de Mary. La mirada dulce y tímida de Mary. Su temblor y el temblor propio. La cara de Abraham Lincoln en el billete de cinco. Las gafas negras de uno de los amigos de Cinthya. Los espectaculares *hotdogs*. La cara de furia de Cinthya Heildelberg. El exterminio del Mutiny en la limpieza de los ochenta. La cita inminente con Mary. El tres por ciento que estaba enriqueciendo a Hernández cuando lo asociaron el alemán Heilderberg y el célebre Aguilar...

Se incorporó, hizo estiramientos de piernas y brazos para aplacar la somnolencia que lo estaba invadiendo y como eran apenas las dos, decidió ir a

su hotel. El Marriot estaría a diez minutos andando y faltaban casi tres horas para su encuentro con Mary. Ya había concretado las dos misiones que motivaran su viaje. Faltaba llamar a Barcelona para comunicarle las novedades a su padre y nada más. Otra cosa no tenía para hacer.

## 9

Supo que se había quedado dormido porque algo lo despertó. Era Mary besándolo. Supuso que pasaba y al verlo dormido, habría sentido la tentación de besarlo y marcharse. O no habría resistido la tentación. Daba igual. Porque cuando volvió al estado de conciencia, paladeó con el alma la belleza de ese despertar.

—Sigue durmiendo que faltan algunas horas para el arribo —dijo apenas despegó la boca—. Lo siento, no era mi intención despertarte —musitó.

—No lo sientas, cariño; ha sido maravilloso.

—Pasaba y tuve la loca ocurrencia de aparentar como que me habías llamado. Y para no hablar en voz alta me acercaba.

—¡Eres genial!

—¡Qué va! Soy una tonta. De verdad, lo siento. Debo irme. Descansa que hay tiempo.

Tuvo ganas de decirle “¡Te amo!”, pero lo consideró demasiado prematuro. Era parte de una tarde y parte de una noche de presencia contra el peso de tres años de ausencia. Porque esos habían sido los tiempos.

Resulta inadmisibles para los cánones convencionales, que se dé por válido un enamoramiento real después de un trato de siete horas, como había ocurrido con ellos dos, tres años atrás.

—¿Pero a quiénes les resulta inadmisibles? —pensó Fernando en voz alta.

—Debe de estar soñando —dijo un anciano ubicado dos filas de asientos más atrás, sin tomar precaución de bajar la voz ¡Joder! ¡Sí estaría dormido!

—O está loco —dijo la vieja que estaba a su lado, con el mismo desparpajo.

Fernando sonrió y contuvo sus ganas enormes de mandarlos a la mierda. Tomó su móvil y antes de encenderlo, recordó que meses atrás, por el invierno, había buscado en las distintas madrigueras de Internet, todo lo referente al llamado “amor a primera vista”.

En YouTube había soportado un video de tres cuartos de hora, que era

el audio de un programa de radio de un país centroamericano. Dos mujeres y un tío hablaban sin parar, intercalando burlas y risotadas, repitiendo siempre lo mismo pero cambiando las palabras y dando ejemplos con sofismas en su jerga. Cumplía todos los requisitos para reafirmar ese dicho que reza “Hablar mucho y decir poco”. De todos modos, no era de extrañarse. En España había programas de sobra de ese tipo. Y así en Argentina, Italia, Brasil, Colombia, Noruega... ¡Noooo! ¿Qué estaba diciendo? ¿Todavía seguía entre dormido? ¿O estaría en lo cierto la vieja del asiento trasero?

Cuando encendió el teléfono, fue directo hacia lo que le restaba por ver sobre ese tema que desde hacía tiempo lo intrigaba. Más y más tonterías sobre un tema sobre el amor que hasta el momento, jamás nadie había podido darle una definición que lo convenciera. Hablaban, o bien de ensoñaciones poéticas, cursis y almibaradas o de reacciones físicas como sudoración, aceleración cardíaca, rubores y picores en las partes más impensadas.

“Todo eso no me dice lo que yo quiero saber. Que ¿qué quiero saber? Por qué cuernos yo, el 1, entro al sitio donde están las señoritas A, B y C y sin motivo aparente siento una atracción frenética y desbocada hacia B y no hacia las otras dos, que puede que hasta sean más atractivas que la que me enloqueció. Y acto seguido entra el 2. Y siente lo mismo que yo, pero con la C y no con las restantes. ¡Esto es lo que quiero que me explique alguno de esos sabiondos de pacotilla! ¡Y no lo hacen! ¡Y nunca lo harán! Porque eso es como saber el secreto de la existencia. Pero no por el lado del código genético. Porque eso es ciencia y nada más. Cosas palpables no abstracciones. Tampoco explicando el principio de lo existente sino la finalidad. El puto sentido de la existencia.”

Solo un neurólogo mexicano con doctorados en universidades norteamericanas, ostentados como si esos lugares fueran tiendas donde se vende inteligencia, dijo con mediana claridad que todo amor frenético, como el que él sentía por Mary, tenía un promedio de duración de tres años. Luego podía seguir una convivencia agradable, un aguantarse simpático, por educación o especulación, pero de ese fuego inicial, ni brasas ni cenizas. Quedaba vivir de esos recuerdos, que tienen más de pesar que de alegría. O bien buscar ese nuevo deslumbramiento “a primera vista” en otra persona, y tirar tres años más.

Con el aparato electrónico en las manos, navegó hasta el punto donde estaba asentado lo último que había escrito sobre su intención de convertir esas semblanzas en novela. Ni se tomó el trabajo de leer los párrafos finales.

¿Para qué? Ni siquiera en pensar sobre lo que sus dedos ágiles ya estaban volcando.

*“Sé que voy en vuelo recto pero lo real es que sigo dando vueltas dentro del círculo, como si quisiera escapar de algo que yo mismo formé.  
Soy un mundo orbital sin poder dejar de hacer la órbita.  
No hay principio ni final; solo camino. El infinito es el camino.  
Soy una bola de nieve que gira desde la falda hacia la cumbre.  
La luna está al alcance de mi mano. Pero tocarla es apagarla.  
Y todo está en mis sueños. En una caja que no puedo hallar.  
Mis ojos son relojes que quitarán el tiempo de tu piel desnuda,  
cuando transitemos por túneles oscuros en busca del fuego del centro de la tierra.  
Y en el melocotón candente nos volveremos remolinos, girando para hallar ese sueño bello que todos olvidamos y persiste en los círculos del lago después del impacto de la piedra en el agua.  
Las campanadas de tu infancia resonarán con cada uno de tus pasos.  
Y las palabras saldrán por tus oídos.  
¿He atraído el invierno con mis gestos?  
Las estaciones se modulan con los suspiros, palabras y silencios de los amantes frente al mar.  
El amor del verano cuando se vuelve cobre, llora en forma de lluvia.  
Y tus miradas de nostalgia le dan forma al otoño.  
Tiemblan tus manos, se arquea tu cintura, se juntan tus pestañas, tus uñas se clavan en la piel que tus piernas aprisionan y desfilan nombres y rostros que la razón obnubilada no recuerda.  
¿Dónde fue la memoria que forja las historias?  
Y todo está en mis sueños. En una caja que no puedo hallar.  
Solo soy dueño de un trozo de canción. De hojas de otoño que el viento hará recuerdos.  
De lágrimas que esperan retornar hacia el mar.  
De una noche que aguarda su total conclusión girando entre otras noches.  
Y todo está en mis sueños. En una caja que no puedo hallar.”*

El amor a primera vista es el verdadero y único amor. ¿O acaso hay amores a segunda vista, tercera, cuarta o multivista? ¿Qué tontería es esa en que primero debo conocer bien a la otra persona, tener en cuenta sus valores,

evaluar sus virtudes para ver si me conviene y en caso que todo salga positivo, ahí sí, recién ahí hay que apretar el botón para dar comienzo al amor?

¿Entonces es una transacción? ¿Un negocio especulativo? ¿Una maniobra bursátil?

El amor a primera vista es el amor impulsivo. Es una reacción instintiva, animal. ¿Qué cuánto dura? ¿Y a quién carajo le puede importar? ¿A un imbécil estructurado? ¡Allá él con sus cálculos y ciencias! ¿O acaso alguien podría tasar el valor nominal del beso de Mary que me hizo despertar?

# 10

Cuando Fernando iba a ingresar al Marriot, un enjambre de chicas entre dieciséis y veinte años, vinieron hacia él a la carrera, profiriendo gritos histéricos. Pensó en darse vuelta para ver quién, a su espalda, sería el objeto de semejante ataque. Pero no le dieron tiempo. El blanco era él. Serían unas veinte como mínimo. Tenían papeles en sus manos que bien podían ser fotos, folletos y posters, además de bolígrafos y obviamente, móviles de todas formas, tamaños y colores, como hambrientos caníbales que se alimentaban con imágenes.

Gritaban “¡Kangin!, ¡Kangin!” mientras lo rodeaban. Decían frases ininteligibles por el llanto y la remataban con esas palabras que a Fernando se le antojaron que era un nombre.

Y este asedio duró hasta que Fernando se quitó sus gafas de sol, no de las dimensiones del amigo de Cinthya, pero con un tamaño respetable como para que no se hiciera nadie una idea cabal de sus facciones. Mientras se las quitaba, por temor a que las hicieran saltar en este asedio que se iba convirtiendo en tumulto, y puede que también porque alguna de las chicas le pidió que lo hiciera y doblegadas sus fuerzas aceptaría cualquier orden por sentirse amedrentado, las caras de la horda, casi al unísono, se fueron transformando en muecas de decepción.

Ya no escuchó más decir “¡Kangin!”, ni sollozos, ni una letanía que desde el principio repetían, que había dejado de prestarle atención y ahora recordaba; el grito de “¡soy elf!, ¡soy elf!” como una contraseña que él debía reconocer.

“No eres *Kangin*” dijeron las más próximas mientras iban retrocediendo sin darle la espalda. “Pensamos que eras” dijo una rubia ganada en kilos con mofletes al rojo vivo, y agregó: “Con gafas puestas te pareces en todo, principalmente en el corte de pelo, pero tus ojos no son orientales”

Dos porteros del hotel habían presenciado el asedio y como él había llegado a ascender tres o cuatro peldaños del acceso, llamaron a la seguridad. Cuando llegaron hasta él, la turba compungida y descorazonada estaba a una respetable distancia y en retirada. Ante la pregunta de los agentes si se encontraba bien, afirmó que sí con la cabeza.

Después de recoger las llaves en el mostrador de la conserjería caminó hasta los ascensores. Uno de los dos muchachos que estaban a un costado, empleados del hotel, se animó a hacerle un comentario con respecto al incidente. “¡Vaya confusión, señor!” dijo. Fernando respondió preguntando con quién lo habrían asociado.

“¿Cómo?” se asombró el botones “¿No lo sabe?”. Como él se encogiera de hombros y arqueara la boca en señal de desconocimiento, agregó: “Con uno de esos coreanos llamados *Super Junior*, ¿los conoce?”. Como lo negara, preguntó: “¿Qué tipo de música es su preferida?”. Fernando contestó: “*Black metal*”.

Entonces el muchacho, después de poner la boca como un óvalo como si exclamara un “¡Ohhh!” pero sin sonido, dijo: “Entiendo, usted es europeo... lo mío es el *Death metal*” y cuando se cerraban las puertas del ascensor, oyó que el muchacho agregaba con voz jubilosa: “¡Soy de Tampa! Que siga usted bien, señor.”

Ya en la habitación, se arrojó sobre la cama. Descansaría un rato y se daría una ducha prolongada. Se peinaría con gel y no se pondría gafas para acudir al encuentro de las cinco con Mary. No quería volver a enredarse en confusiones. “¡Lo que faltaba!” pensó “¡Qué me tomen por coreano!”

Melchor Martínez Sobremonte, con su flamante título y casi sin dinero, había rechazado entrar a trabajar a un estudio de abogados en Madrid, para marcharse a Asturias. Había conocido por azar a Manolo Fernández, un tío de Mieres, diez años mayor, que hacía poco tiempo que había retornado después de permanecer varios años en Argentina. Allí se había iniciado como camarero, trabajando el turno de dos personas; dieciséis horas diarias los treinta días del mes, en el restaurante de unos paisanos y durmiendo sentado durante las noches, como conserje nocturno en el cercano hotel de unos gallegos, en un barrio céntrico de Buenos Aires.

Después de tres años de llevar esta vida, tuvo ahorros suficientes como para asociarse con otros dos españoles y comprar un bar céntrico decadente, a punto de cerrar. Lo refaccionaron, pintaron, decoraron y el lugar empezó a trabajar a un lleno total como por arte de magia. Pero no quedaba ganancia y nadie le hallaba explicación.

El caso es que Manolo, manifestó a sus socios que ya estaba harto de tantas quejas y les propuso que se marcharan, comprándole sus partes. Ofreció a cada uno una suma inferior a la real y amortizable a largo plazo. Los socios, acobardados por las circunstancias, terminaron aceptando la abusiva transacción y firmaron cuanto papelería les pusieron delante.

Lo cierto era que Manolo robaba todo cuanto podía durante su turno. Y como era el encargado de las compras, arreglaba con cuanto proveedor se prestaba para hacer una doble facturación y hasta inflar los precios.

En poco tiempo más, comenzó a alquilar plantas de edificios y habilitarlos como pensiones para trabajadores venidos del interior o de países limítrofes. Y como tenía llaves de todas las habitaciones, en ausencia de sus ocupantes, entraba, revisaba todo y si encontraba objetos de valor o dinero, lo robaba. Algunos hacían denuncias pero ninguna investigación prosperaba por falta de pruebas y además, el testimonio del propietario era que no había visto nada anormal. Y esto pesaba. “Estos tontos provincianos, cada vez que cobran se emborrachan y los roban por la calle o le sacan el dinero las putas.”

La policía quedaba conforme con la explicación del respetable propietario y todo seguía como de costumbre. La mayoría de los damnificados

se marchaban. Llegaban otros nuevos y una vez que Manolo estudiaba cada caso, horarios y comportamientos, volvían a ocurrir los mismos hechos. Doce años después de su partida, volvió rico a su país y lo asoció a mi padre con un capital mínimo, a un importante hotel, porque le interesaba aliarse con un abogado.

Dos años después fue que mi padre se enteró de estas andanzas, cuando imprevistamente apareció en Oviedo un gallego que había sido socio del bar y por un tiempo de una de las pensiones. Al día siguiente de revelarle que Manolo Fernández había hecho casi todo su capital delinquiendo, en una breve reunión en que le reclamó la suma de la estafa y este no la reconoció y se negó a darle un duro, riéndose en su cara, Oliveira Bouza le clavó un cuchillo en el corazón al grito de “¡Muere cerdo!” y lo mató al instante.

Melchor tuvo que quedar al frente de este complejo en Cangas de Onís y como la viuda apesadumbrada quiso apartarse de los negocios, le otorgó todas las facilidades para que se quedara como dueño absoluto. Algunos años después lo vendió a unos noruegos y se trasladó con su mujer y su hijo pequeño a Barcelona. En término de dos años, poseía dos hoteles en la Costa Brava.

Dos años después, formó una Sociedad en Comandita por acciones y propiciaron la apertura de dos hoteles de gran categoría por la Costa del Sol. Un año después y por su cuenta, compró dos más en la Costa Brava y al año siguiente y con los accionistas, inauguraron dos más en la costa andaluza.

Y la expansión por Europa llegó con cuatro hoteles por la Riviera Francesa y primero dos y tres años después dos más por la costa amalfitana. Con dieciséis exitosos establecimientos, afirmado económicamente y una vida ajetreada pero feliz, Melchor conoce a Cinthya Heilderberg en París, y sin más interés que expandirse en la otra rivera del Atlántico, un sueño escondido pero siempre al acecho de incursionar en América, no dudó en asociarse a una empresaria joven que lo impresionó como una persona capaz e inteligente.

Como tampoco dudó en romper el acuerdo cuando sus representantes legales le mostraron ciertas anormalidades contables. Cosas no desmesuradas pero inaceptables para las normas de conducta que había llevado siempre como estandarte. Inaceptables para un hombre como Melchor, orgulloso de su origen humilde, que cuando era interrogado sobre el porqué de su expansión constante, argumentaba: “Porque me hace feliz darle trabajo a la gente y brindarle los mejores ingresos que me sean posibles.”

También había influido para su determinación irrevocable, una

conversación que había mantenido en Saint Raphael, en uno de sus hoteles de la Costa Azul, con alguien que había dicho ser un detective privado de Miami, de origen cubano. Su apellido o apodo era Pintura. Esta persona, aunque no había sido del todo clara, aduciendo estar todavía en una etapa de investigación, le había dicho que Cinthya, de probarse, estaría involucrada en un descomunal delito de estafa “Y algo más”, finalizó.

Al detective lo recomendaba Javier Labrador, uno de los socios del estudio jurídico y de la consultora de murcianos en Miami, que en vida de Peter habían sido los asesores de su empresa, desplazados por Cinthya. Y estas confidencias, habían traído a la memoria de Melchor, aquellas que le había hecho hacía muchos años Oliveira Bouza, muerto también hacía varios años en una cárcel de Zaragoza donde cumplía su condena.

Faltaban diez minutos para las cinco cuando Fernando vio que Mary cruzaba la calle y venía hacia él. Ambos habían sonreído pero cada uno advirtió en el otro un semblante nervioso. También se adivinaron alegres y hasta distendidos porque el otro había acudido a la cita. Todo sin certezas, claro. Todo basado en conjeturas.

“Porque el amor es tan frágil, tan etéreo como todo lo bello, tan semejante al agua fresca de un oasis que el sediento recoge con las manos para salvar su vida y teme que, antes de llegar a su boca, se escape por entre sus dedos temblorosos, que hace que siempre se tenga algún temor oculto.

Hace que siempre se tema que es un sueño. Que nos despertaremos tristes y por enésima vez nos digamos que todo lo sublime es ilusión. Y cuando la inmensa mayoría cree que el amor se afirma y se hace fuerte, los soñadores delirantes creen que es porque se ha vuelto rutinario, se ha hecho una costumbre. Y esa es la lluvia que apaga las hogueras.

Porque están los conservadores que creen que el tiempo fortalece al amor. Y desde la óptica uniforme que les brindan los aceptados estamentos socialmente correctos, piensan que a más años, más amor. Pero para otros, desertores del rebaño, el amor es llamas, fuego vivo, leños ardiendo enloquecidos, combustión incesante que el viento va ondulando en el claro de un bosque. Y no se piensa en nada más porque solo eso es lo que importa. No se piensa ni siquiera, sabiéndolo de sobra, que cuando la madera calcinada vaya mermando en sus lenguas candentes y se haga brasas, que harán patente la agonía, indefectiblemente llegará la muerte con el frío. Y ya no habrá recuerdo, ni rezo, ni llanto que pueda revivir a la inerte ceniza.”

Todo esto pensaría Fernando tres años después, recordando el momento en que se saludó con Mary cuando ésta llegara hasta él. O bien, en este momento recordaba ideas que había tenido en el momento aquél, sumadas ahora a la claridad que le habían aportado tres años de reflexión sobre esos sucesos. Y numerosas conversaciones y lecturas que pudieron modificar o afirmar más sus convicciones.

Sí, tres años después pensaría en todo esto, mientras volaba a bordo de un enorme pájaro metálico de American Airlines, una cerrada noche extendida

sobre el Océano Atlántico.

## 12 bis

En el bar, después de presentarse formalmente, Mary dijo saber todos los pormenores de su presencia en la ciudad. También dijo haber conocido a su padre, el empresario hotelero español. “Un hombre muy simpático el señor Martínez Sobremonte” acotó.

“Sí, lo es” había corroborado Fernando. “Pero ahora, rota la sociedad con Cinthya no creo que lo vuelvas a ver.”

“Nunca se sabe” dijo Mary “¿Acaso no eres el novio de Cinthya?”

Fernando sonrió con el hartazgo dibujado en su rostro. Esa reacción de los que están cansados de repetir constantemente la misma aclaración. Le explicó que nunca había sentido un real interés por ella. Que la relación había comenzado como simples encuentros entre dos personas adultas y libres de compromisos sentimentales. Que era ella la que había propagado, incluso entre su propia familia, que eran novios formales y estaban acordando planes matrimoniales.

“Reconozco que me faltó firmeza de carácter para decirle que no tomara decisiones de forma unilateral, sin consultarme. Porque si bien no me incomodaba que proclamara nuestra relación, hablar de un futuro matrimonio me parecía prematuro e inapropiado.”

También agregó que poco a poco iba notando en ella un autoritarismo que no le agradaba. Y la fresa del pastel fue cuando lo llevó a la suite de un hotel, sin previo aviso y se encontró con dos acompañantes que esa misma mañana le había presentado. Estaban desnudos y puede que drogados, con la idea manifiesta de hacer una fiesta de sexo mixto.

Pocas horas antes los había vuelto a ver en las oficinas. Mary le confesó que desde hacía varios meses acudían al edificio toda vez que estuviera Cinthya, sin cumplir ninguna tarea específica, salvo pasar mucho tiempo con ella en su oficina y recorrer las plantas, observándolo todo sin decir una palabra. El maduro, Adrián, era rumano y Plenko de Serbia. En apariencias eran *bodyguards*. Pero por lo visto, también empleados para todo servicio con apariencia de *gangsters*.

“Al menos me hubiera comunicado sus intenciones orgiásticas. Yo no hubiera acudido porque soy heterosexual y al sexo me gusta practicarlo con

intimidad y en pareja. No tengo nada en contra de los *gays* y las personas con otras preferencias sexuales porque creo tener un criterio amplio de respeto y sin discriminación; pero esto me hizo sentir humillado por causa del engaño. Y a partir de ahí dejamos de intimar aunque nos seguimos hablando. Lo demás ya lo sabes. Mi padre me encomendó una misión. En otro momento me hubiera rehusado porque nunca he querido participar en nada relacionado con sus negocios. Pero creí ver una buena oportunidad para romper formalmente esa relación, que si bien en gran parte ella había creado, yo también era partícipe aunque más no sea con mi silencio.”

“El que calla, otorga” fue la acotación de Mary, dicha en perfecto castellano. Y ante el asombro demostrado por Fernando, ella le habló de su abuela María Dolores, riojana de Logroño y su madre Carolina, si bien nacida en Nueva York, fervorosa cultora de lo hispano y cantante de jotas.

Fernando quiso saber si era casual que su apellido coincidiera con la denominación de la cadena de hoteles de Cinthya, los Tioga Wilson, o había alguna relación.

Mary bajó la vista. Miró la taza de café vacía y, meneando la cabeza, esbozó una sonrisa que pretendió ser muda, pero exhaló un suspiro doloroso, grave; igual que esos sonidos presentidos como anticipos de un sollozo. “Toda la cadena hotelera era de mi padre, Peter Wilson. Tioga lo puso en honor a su pueblo natal en Dakota del Norte.”

Mientras Mary siguió con su relato, Fernando había ido encontrando muchos puntos coincidentes con la historia de su padre. Al igual que Melchor, Peter era hijo de humildes campesinos, que con enormes sacrificios le habían costado la carrera de abogado. Después de trabajar algún tiempo en un bufete de Bismarck, dejó las leyes para volver a un paraje cercano a su pueblo y explotar un motel, más que nada orientado a pasajeros de turismo rural y aficionados a la caza. Su socio, que además era su tío materno, viudo y sin hijos, al morir le dejó todos los bienes como herencia.

Cuando creyó oportuno que estaba en condiciones de empezar a cumplir su sueño de siempre, que era expandirse en los negocios, vendió el motel a unos parientes por parte de su padre y partió hacia Nueva York, lugar de nacimiento de Carolina, su mujer. Mary recién había cumplido tres años. En un principio, su idea era comenzar con algún hotel en la *Gran Manzana*, pero pronto se sintió atraído por el rápido crecimiento de Miami y la seguridad que se respiraba, como consecuencia de la caída de los capos de los carteles de la droga.

“El primer hotel de mi padre en esta ciudad lo puso muy cerca de aquí, por el Biscayne Boulevard. Y le empezó a funcionar muy bien. El turismo que llegaba, en gran parte era procedente de Europa. Mi madre se había convertido en un apoyo muy importante. Se ocupaba tanto de las relaciones comerciales con las agencias de viajes como con las relaciones públicas a nivel clientes, *person to person*. Mi padre siempre bromeaba que le había copiado la técnica al fundador de Walmart ¿conoces esas tiendas? Bien, dicen que su fundador, un tío de apellido Walton, esperaba a la salida a los clientes y los saludaba uno por uno. Y cuando las tiendas se fueron multiplicando, puso *saludadores* para que cumplieran la misma función.”

Todo iba funcionando de maravillas hasta que, apenas inaugurado el tercer hotel en las proximidades del aeropuerto, a Carolina le fue detectado un cáncer hepático fulminante, que se llevó su vida en apenas tres meses. El golpe para Peter fue terrible. Pero pesaba sobre él la responsabilidad de criar a su hija y no podía abandonarse bajo ningún tipo de abatimiento y depresión.

También, en honor al fervor puesto en los negocios por su esposa fallecida, se juró no solo proseguirlos sino multiplicarlos, como siempre, en base a tesón, ahínco y alegría. Y fue cumpliendo su promesa al proyectarse a la costa oeste; más precisamente al estado de California. Los primeros dos hoteles fueron inaugurados casi al mismo tiempo. El miércoles y el viernes de la primera semana de mayo de hacía cinco años. Uno estaba ubicado al norte y el otro al sur de San Francisco. Uno en Stinson Beach y el otro en Pacífica State Beach.

“Hasta que un día, lo llama por teléfono a mi padre el amigo que en Nueva York le había sugerido que viniera a Miami a hacer negocios. Marty Fontevecchia era un mafioso arrepentido. Pero arrepentido de verdad, te lo aseguro. En su juventud y más que nada por el ambiente familiar y de amistades que lo rodeaba, había tenido problemas con la justicia; extorsiones, protección, compra y venta de mercancías de contrabando; tú sabes. Pero después de estar un tiempo corto en la cárcel y uno largo bajo fianza, era otra persona. Formó una familia y se dedicó al negocio de los automotores. Hizo todo dentro de la legalidad hasta la actualidad, en que es un vecino respetado, buen padre y solidario con asociaciones de bien público y la iglesia católica.”

Fernando le había preguntado si ella era católica. Mary, con énfasis, había respondido: “¡Por supuesto!”, para agregar luego “Bueno, por tradición familiar”.

Pero decidieron abandonar el lugar cuando vieron entrar a Adrián y

Plenko. Tomados de la mano, se situaron en una mesa del fondo. Sentados a la par, quedaron mirando los dos hacia la calle. Mirándolos a ellos. Estaba más que a la vista que los estaban vigilando.

—Aproximadamente en una hora y quince llegaremos a Miami, ¿sabes?

—¡Oh, qué bueno!

—¿Dormiste algo? —se interesó Mary.

—Dormí un poco y pensé mucho.

—A mí me ha pasado lo mismo —reconoció Mary y le acarició el mentón, deslizando la mano por el hombro y el brazo.

A Fernando le hubiera gustado que siguiera tocándolo, pero era lo que había. No lo animaba enteramente un contacto erótico. Estaba en un momento en que la libido, sin desaparecer, da paso a un deseo paralelo de sentir contacto, calor humano, contagio y mancomunidad de energías, fusión de protección mutua. Momentos en que la sensación de sentir amor muestra variantes que escapan a la razón humana, por más que los doctos de los sentimientos muestren en gráficos sencillos y discursos ingeniosos, la explicación de lo inexplicable.

—¿Me prometes que nos veremos a la llegada y no desaparecerás como lo hacen todas las tripulaciones una vez que aterrizan?

—¡Claro que te lo prometo, tonto! Te noto preocupado por esto y no debes estarlo.

—Hace tres años desapareciste.

—Sí, así fue, pero recuerda que eran otras las circunstancias.

—Sí, sí, lo sé, pero pasa que tengo miedo de perderte.

—Te entiendo, Fernando. A mí me ocurre algo similar, lo reconozco, pero yo quiero que volvamos a estar juntos para hablar. Hablar de tantas, tantas cosas, que probablemente me quede muda, mirándote sin saber que decir, sin hallar un principio, ¿me entiendes?

—Perfectamente. Pero te aseguro que en mi caso, pensé tanto en ti en estos últimos años y en los hechos ocurridos, obviamente, que una vez que encuentre el hilo del principio de la madeja me va a costar detenerme porque quiero saber todo de ti, de tu vida pasada, de la actual, de tus planes, tus pensamientos y conjeturas, tus certezas y tus dudas y ser partícipe en todo lo que pueda serte útil, acompañarte, estar contigo...

Mary le tomó las manos y la caricia se hizo estrujamiento, como un

reflejo del esfuerzo que hacía por contener las lágrimas. Y algo en ella lamentó no estar en un sitio donde con total libertad pudiera llorar, descargar con sollozos, ayes y suspiros esas emociones que los seres vivos sienten cuando la razón, atiborrada y sin más fuerzas para contenciones, busca una descarga transitando por esos vericuetos que la conectan con el alma. ¡Ay, qué bello es el amor! Pero, ¿por qué siempre tan próximo a lo trágico?

—Una última cosa Mary, cariño, antes que te vayas.

—Sí, dime.

—Es sobre algo que estaba pensando hace un momento y lo tengo un poco en la nebulosa: ¿fue Fontevecchia quien la presentó a Cinthya ante tu padre?

—No, él solo la recomendó por teléfono porque la creyó eficiente para trabajar. Y que lo era, debo ser justa. También por la pena que le daba que, por estar su padre condenado a cadena perpetua y con todos los bienes confiscados, ella estuviera pasando privaciones y sin trabajo.

—Eso significa que tu padre en todo momento supo que Cinthya era hija de ese célebre narcotraficante que llamaban “El alemán Heilderberg”.

—Totalmente. Pero no le importó demasiado esta cuestión. Por diversas razones.

—Una ya la adivino: lo buena que estaba la tía.

—¡Hombre, que sí! Eso es innegable. ¿Acaso a ti no te ocurrió algo igual?

—No, en absoluto ¡que no! Yo la conocí y en principio no sentí ninguna atracción. Lo que no descarto es que debo haber reconocido en mi fuero interno ¿por qué no? que era guapa y tal, como lo haría cualquier ciudadano con ojos en buenas condiciones. Pero mi relación se fue dando en forma gradual y a instancias de ella. Por eso la finalicé sin pesar. Que lo sepas.

—Lo sé, cariño, claro que lo sé.

—En cambio contigo... contigo fue la muerte...

—¿Cómo dices?

—... y la resurrección... nuevamente la vida, y la primavera florecida, el pavor, la irrefrenable hoguera en el bosque incendiando el propio bosque, el éxtasis, la lluvia torrencial insuficiente para apagar siquiera chispas de nuestros ojos y nuestros corazones como mariposas, desafiando a la naturaleza más refulgente y llevando su luz a iluminar la oscuridad del cosmos y animar a tímidas estrellas indecisas a surcar el aire dejando una estela galáctica y perenne... como será, al menos de mi parte, este amor, aun cuando ya deje de

merodear este planeta que sigo recorriendo solo por ir tras tus pasos...

Mary se fue con los ojos rebalsados de lágrimas. Fernando se quedó como un enajenado, preso de un pensamiento único que lo abstraía hasta el punto de traer hasta la realidad una conducta propia del mundo de los sueños.

Peter quedó impactado con Cinthya apenas la conoció. Porque además de belleza, poseía variantes de voces acariciantes, impostadas a la medida que requiriera la intimidad de cada diálogo. Voz firme cuando discutía todo lo relacionado con negocios donde había que imponerse. Sabía imprimirle emotividad a las entonaciones para tratar de contagiarla en los demás y despertar sentimientos de cariño y ternura. Descendía hasta la bajeza de especular con la lástima usando tonos compungidos. Una verdadera arpía ¡vamos!

En lo referente a atributos físicos, estaba muy bien dotada. Ojos azules, piel muy blanca y pelo rubio. Un metro ochenta y tres. La típica belleza alpina de la Europa Central. Excitaba tanto verla llegar como cuando se marchaba. Y cómo a todo esto ella lo sabía; lo explotaba. Y esto utilizado como arma, si la persona que la empuña tiene pocos escrúpulos, siempre es letal.

Primero se hizo su mano derecha en las oficinas y al poco tiempo empezó a viajar de costa a costa. Peter se iba poniendo progresivamente cada vez más ciego en todo lo referente a la prudencia necesaria para depositar un todo de confianza en los negocios. Y como tenía solo ojos para ella; se fue enamorando.

Entonces llegó el momento en que se lo confesó. También le dijo, antes que ella contestara nada, que era consciente de la diferencia de edad y su condición de viudo con una hija, pero que sus intenciones eran serias y si ella lo aceptaba el quería proponerle matrimonio. Iban en un vuelo hacia San Francisco, solos, con una tripulación mínima en el recién estrenado avión que mi padre había adquirido.

Ella se mostró algo sorprendida y se lo dijo. El tiempo demostraría que era lo que estaba esperando pero, siguiendo un plan que ya tenía elaborado desde antes de conocerlo o bien hecho al poco tiempo, debía dar idea de ser tan responsable en una propuesta como esta como lo era en los negocios.

Dijo el consabido “Lo voy a pensar” y agregó que de todas maneras, tomara la decisión que fuera, no quería abandonar la empresa ni procrear ningún tipo de enemistad. Como buen hombre que era Peter, le dijo que por

eso no se preocupara, que no se sintiera presionada bajo ningún concepto. Que su confesión había sido sincera y ella no aceptaba su propuesta, lo iba a comprender perfectamente y la relación de trabajo seguiría tal cual.

“Cuando mi padre me lo confesó, yo ya lo tenía presentido” recordó Mary mientras caminaban por el Pérez Art Museum. “Me costó darle una respuesta que imaginé que él esperaba, para una pregunta que no me había hecho; pero era necesario que yo hiciera un comentario, ¿me entiendes? diera mi parecer a esto que planteaba mi padre.”

Creo que contesté que estaba en lo correcto. Mary contestó que en primer lugar el era dueño de sus acciones. Peter lo reconoció pero aclaró que esto no era un negocio más. Que era una cuestión de vida. Una decisión que debía tomar concienzudamente. “Y oírle decir esto me agradó.”

Si bien Mary no se había hecho amiga, Cinthya le parecía una buena chica. Muy trabajadora y simpática. Por otra parte, deseaba de todo corazón que su padre no olvidara a su madre, que no dejara de amarla porque “*the spanish*”, como la llamaban muchas de sus amistades aún sabiendo que era neoyorquina, había sido su compañera inseparable, fiel, y los grandes resultados de capitalización y expansión que se estaban logrando, tenían gran parte de su esfuerzo como base.

Por otra parte, deseaba que su padre fuera feliz. Que volviera a serlo. Se lo merecía. Por luchador. Buen compañero y buen amigo empezando por el trato con ella misma. Por eso, después de meditarlo “solo un momento nomás, porque soy impulsiva desde siempre” confesó Mary, “le dije que me parecía bien que se casara con Cinthya, pero que me prometiera cumplir una simple condición”

Peter no se alarmó porque sabía a su hija razonable. El trato era que no se casara por la iglesia católica. Él, siendo de familia bautista, por amor a Carolina, se había bautizado y casado en la iglesia Nuestra Señora de los Dolores, en Corona, Queens, Nueva York. Lo había aceptado de buen grado por amor a Carolina y su familia. Su abuela, nunca había dejado de repetir exteriorizando su orgullo, que lo había hecho en la Concatedral Santa María de la Redonda de Logroño.

Si bien Mary no adhería a ningún culto, sentía un respeto absoluto por la fe de su linaje materno y, por cuestiones no desentrañadas, no deseaba que nadie hollara el camino que había recorrido su madre por fe y su padre por amor. “No te preocupes” había respondido Peter y agregado: “Si bien ella por tradición es de familia luterana, no lo es en la práctica y estamos de acuerdo

que no habrá ceremonia religiosa.”

Y tres meses después de ese vuelo se realizó la boda. Fue en el parque de la mansión familiar de Coral Gable. Solo veinte invitados participaron del encuentro. Y como entre ellos había un ex gobernador de Florida y un ex vicepresidente de la nación, los custodios y el personal de servicio duplicaban a los participantes.

Como detalle destacable, no había ningún familiar ni amigos de Cinthya. Su padre en la cárcel y su único hermano asesinado en uno de los tantos enfrentamientos del hampa del pasado, era toda la parentela que se le conocía. Ni siquiera había querido asistir; no obstante, la insistencia de Peter, Marty Fontevecchia. “El pasado me condena” había dicho entre risas. “Habrá gente importante y no quiero comprometerte con mi presencia”

“¿Estás loco o qué?” fue la reacción de Peter. “Tú eres desde hace mucho tiempo una persona intachable. Unos errores de juventud no pueden esclavizarte, Marty”, pero no hubo caso. “Ya tendremos tiempo de festejar entre nosotros; ahora sé feliz que te lo mereces, ¿Eh, *mister* Wilson, *capisci*?”

# 16

—Perdóname, Fernando, que me haya ido sin decir una palabra. De verdad, lo siento, cariño.

—No pasa nada.

—Pero es que te dejé hablando solo. Y eso no está bien.

—Ya te digo, no tiene importancia. Además yo estaba como un loco... diciendo muchas tonterías.

—¿Tonterías? ¿le llamas tonterías a tus palabras? Dijiste cosas maravillosas, ¿no eran sinceras acaso?

—¡Claro que eran sinceras! Brotaban de mi corazón. Pero no sé si era el momento adecuado para decirlas.

—Oye, Fernando, yo tampoco sé si este es el momento adecuado, pero igual te digo que te amo, ¿lo oyes? Que te amo con todo mi corazón, que te quiero con toda mi alma y al igual que tú, desde aquella vez, hace tres años, no he hecho más que pensar en ti. ¿Te sorprende?

—Bueno, un poco, no voy a negarlo. Pero la alegría que me da esto que me dices sobrepasa todo lo que me pueda haber hecho sentir inseguro. Esto me colma de felicidad. Me siento en el cielo.

—Estamos en el cielo, mi amor. Pero por poco tiempo. En media hora aterrizaremos.

—¿Ah sí? ¡Al fin! Se me hizo largo este viaje.

—Me marchó. Pero antes dime: ¿qué te hacía sentir tan inseguro?

—Tu desaparición después de los sucesos que acaecieron.

—¿Y no pensaste que habría razones para que así ocurriera? ¿que un mismo hecho puede repercutir de manera distinta de acuerdo a la personalidad y a la situación de cada uno?

—Sí, lo pensé. Esa y mil conjeturas más. Pero la idea de no volver a verte nunca más me creó una situación tan triste, tan traumática, que me hacía oscilar entre la comprensión y los reproches. ¡Hasta empezar a escribir una novela!

—Sí, claro, también empatizo contigo, cariño. Pero ya hablaremos sobre esto. Lo importante es que podremos hacerlo, ¿sabes?

—Sí, sí, vale. Eso es lo que importa. Ahora ve, amor mío, porque si

veo que te regañan me sentiré culpable.

—No te preocupes. La faena ya está hecha. Falta el trámite más comprometido y ya está. Hasta ahora, amor mío.

—¡Hey, espera un momento!—reaccionó Fernando.

—Sí, dime. —Mary tuvo que desandar los dos pasos que había dado.

—¿Qué es eso de “trámite más comprometido” que dijiste?

—¡Ah! ¿Eso? Pues... lo del desembarque... y todo eso, ¿vale? Lo de rutina. Bueno, ¡venga! hasta ahora, cariño.

Mucho tiempo después, sabría Fernando que el “trámite más comprometido” es el aterrizaje. Que es un secreto bien guardado. Que no trasciende porque todo lo relacionado con la aeronáutica debe ser hermético. Porque los riesgos existen. Porque estos están en todos los órdenes de la vida. Despegar una aeronave podría equipararse a comenzar una relación sentimental. Pero después del vuelo, llevarla a buen puerto no es una tarea simple. Hay que estar atento, lúcido, tener seguridad de poder hacerlo. Y por el bien del éxito, ser en todo momento consciente que los riesgos siempre están acechantes. Pero esto lo supo mucho tiempo después.

Susana Brown Freyre se había licenciado en Psicología en la Universidad de Sevilla. Nacida en Gibraltar, de madre madrileña y padre londinense de familia irlandesa, apenas recibida se mudó a Madrid. Entró en una clínica de psicoanálisis donde cobraba un sueldo bajo, pero no le importó porque su finalidad era adquirir conocimientos de práctica en la línea freudiana-lacanianiana que en los claustros académicos no se los habían impartido.

La directora era una profesional argentina, de prestigio en todo Madrid y le había tomado mucho aprecio al notarla tan aplicada. A punto tal, que el día de su cumpleaños la invitó a una fiesta que ofrecía en su casa del barrio de Salamanca.

Entre los invitados estaba un joven abogado que le fue presentado como Melchor. Hablaron bastante y bailaron. Ella lo notó como un muchacho muy metódico en su proceder, pero alocado en sus proyectos de emprendimientos. Le gustaban los negocios empresariales. “¿Pero porqué no estudiaste Economía o algo relacionado con la Administración de Empresas?”, preguntó Susana, al notarlo tan poco entusiasta con el Derecho y la justicia.

En vez de replicar con argumentos de justificación, Melchor permaneció callado un momento y después, con cara de niño asombrado preguntó: “¿Crees que me equivoqué de carrera?”

A partir de ese momento, Susana supo que se encontraba ante un muchacho sincero y de honesta humildad. Alguien que no estaba en pose y con una inteligencia que le permitía escuchar todas las opiniones para extraer de ellas lo mejor. Una persona dispuesta a aprender.

Y la terminó de conquistar cuando al finalizar la fiesta le dijo: “Me gustaría invitarte a tomar un café o ir al cine, porque no tengo compromiso con nadie. Pero más que nada, me gustaría que conocieras a mis padres. ¿Sabes por qué?”. “No” contestó Susana y agregó, emulando la dialéctica superada de su jefa “¿Cómo voy a saberlo? No soy adivina?”. “Llevas razón, soy un tonto” reconoció Melchor con una sonrisa. “Quiero que los conozcas porque ellos fueron campesinos en Toledo; y por las distancias y ser muy pobres, nunca tuvieron una vida social, recibir visitas y demás, tú sabes... entonces, creo que si les presento una chica como tú, inteligente y con diploma universitario,

de la que puedo ser amigo, para ellos será un regalo invaluable. Luego, si no quieres ir al cine, no importa, sé que te sobrarán personas mejores que yo para hacerlo... pero se me ocurrió que tu presencia en nuestra casa, un rato nomás, sería algo magnífico”

Susana casi estuvo a punto de llorar. Era conmovedora la humildad de este chaval. Valoraba su título universitario como si fuera analfabeto, siendo que él también lo tenía. No se le había acercado como casi todos los de su edad, desnudándola con los ojos, con fines de conquista adivinados en cada gesto y palabra. A no ser que fuera un embaucador profesional, actor para un Oscar, Melchor era un ser purísimo que decía lo que sentía. Y su sentir era inocente y cristalino.

“Mira, desde ahora te digo que acepto ir a conocer a tus padres.” Susana seguía conmovida. “Y también iremos al cine. Y a tomar un café. Te lo prometo y será un placer”

Pasado no mucho tiempo, formalizaron su noviazgo. Y al año se produjo la boda. Luego vino el nacimiento de Fernando y el encuentro con Manolo Fernández. El nuevo rico que venía de Sudamérica que lo convenció de intentar un emprendimiento en Asturias. Lo demás ya era historia conocida.

Y Susana no dudó en ningún momento en seguir a su marido, quedar embarazada sin planificar el momento y discutir con la misma sinceridad que Melchor, sin guardarse nada, los que creía que eran los pasos que debían seguir. En ese ambiente de concordancia creció Fernando y sus hermanos.

Todo esto le había contado Fernando a Mary tres años atrás, mientras caminaban por el Biscayne Boulevard, después de abandonar el bar de Flagler cuando vieron entrar a Plenko y Adrian y se ubicaron en abierta actitud de vigilarlos. O simplemente molestarlos. O ambas dos.

Hablaron mientras caminaban hasta tirarse sobre el césped en un lugar lateral del Pérez Art Museum. En las escalinatas de la entrada principal había bastantes personas sentadas. No pensaban entrar. No necesitaban arte del exterior. El arte estaba dentro de ellos y surgía en cada palabra, cada movimiento y mirada. El arte era el amor. Ya anidaba en ellos con fuerza e intensidad desde hacía muy pocas horas, unas dos en que se vieron y otras tantas en que se pensaron.

La gente común piensa erróneamente que los hechos extraordinarios van sucediendo únicamente con el correr de un tiempo prolongado. Se basan en lo que pueden realizar con sus manos, la velocidad con la que son capaces de pensar y finalmente poner en acción lo planificado. Desde esta óptica, es

correcto el tiempo prolongado aplicado a estas cosas.

Pero en las transformaciones de magnificencia de la creación, no hay tiempos prolongados, ni deducciones ni cálculos físicos con matemáticas comparativas. Todo es intempestivo como un aluvión; espontáneo, impredecible. Hechos que pueden durar segundos, siglos o milenios para nuestras varas de medición, para la creación atemporal son súbitos. Así un terremoto, una borrasca, una erosión desgastante, una metamorfosis cósmica o la transformación de un paisaje planetario, son hechos sin tiempo. Nos empeñamos en medirlos a causa de nuestras limitaciones. Y esto no es ni acierto ni error; es solo una característica de nuestro evolutivo desarrollo intelectual. Nada.

Y el amor es igual que los fenómenos físicos. Es lo mismo en versión abstracta. Es un poder que nos invade sin que sepamos qué es y mucho menos dominarlo. Con nuestra tendencia de cálculo, de puro impotentes, lo etiquetamos en noviazgo, matrimonio, fogosidad, divorcio, romance, pasividad, fidelidad, dicha. Y todo es tan inútil como ponerle nombre a los huracanes. Porque el amor es un tsunami arrollador que no da tiempo ni a darse cuenta del grado de inmersión que se está produciendo.

Cuando un silencio similar al de esa mañana en la oficina de Mary se fue haciendo notar y a ambos les llegó la idea de intentar hablar sobre lo sucedido, un Toyota Yaris gris metalizado, similar al que horas antes se había parado cerca de Fernando mientras hablaba con el vagabundo Hernández, se detuvo en la misma actitud, cerca de la pareja. Los cristales impedían ver hacia el interior. Permaneció unos incómodos tres minutos y se marchó. “Es el mismo”, pensó Fernando para sí; “¿qué hay detrás de esto?”

Peter siempre había sido una persona saludable. Forjado en el duro clima de Dakota del Norte, era un hombre con una gran capacidad de trabajo. Podía dedicarle horas, diez, doce, quince, bebiendo solo agua o café, tanto a un trabajo urgente de oficina como a uno de granja, atendiendo ganado o en tiempo de cosecha. Y soportaba con estoicismo y sin quejas, como casi todos sus paisanos, veranos agobiantes como fríos extremos.

Solo una fractura cerca del codo del brazo derecho, como consecuencia de un juego de fútbol en la universidad, había sido el problema físico que lo puso en mano de médicos. Se hacía controles dos veces al año, que no pasaban de analíticas, y eso era todo.

Por eso resultó muy extraño que un viernes por la noche comenzara a sentir un malestar que fue en aumento al día siguiente, que el domingo se agravara y el lunes al mediodía falleciera en el Hospital Jackson. Tenía cincuenta y cinco años. En esos dos días y medio, desde que comenzara su malestar hasta el desenlace de su deceso, en ninguna de las numerosas pruebas, los médicos habían podido encontrar la causa de este final trágico. Todo era un misterio. Confiaban en que la autopsia podía arrojar alguna luz a lo inexplicable, pero su esposa se empeñaba en acelerar el trámite para terminar con el sufrimiento que estaba padeciendo.

En su tiempo libre, casi siempre escaso, se juntaba con amigos para jugar al golf y remataban la reunión con una buena comida. Pero desde que se había vuelto a casar, aproximadamente un año y medio hasta su muerte, los encuentros se habían hecho muy esporádicos. Los amigos comentaban esto con cierta jocosidad, buscando la explicación en la belleza y juventud de su nueva esposa. “Tendrá poco más de treinta y cinco años” comentaban. “¿Y qué pretenden? ¿que no la atienda? ¿que elija estar con nosotros antes que con esa mujer tan guapa. ¡A ver!”

Mary hacía pocos meses que había concluido sus estudios de Filología Inglesa y hecho un master de Literatura Española. Sin embargo, desde su ingreso a la Universidad de Miami, nunca había dejado de trabajar en las oficinas de su padre. Colaboraba en todas las áreas, pero la intención de Peter era que su única hija y heredera, se fuera fogueando en el manejo de la

empresa que crecía de manera acelerada. Y conociera los secretos de un rubro tan competitivo como el negocio de hoteles y turismo. Además, veía con beneplácito cómo se complementaba a la perfección con su esposa Cinthya.

Para Mary, como no podía ser de otra manera, fue un golpe terrible la muerte repentina de su padre. Y no menos terrible, también por lo sorprendente, enterarse tres meses después que todos los bienes de su padre habían sido puestos a nombre de Cinthya. El bufete de abogados murcianos, quitado por la nueva propietaria, llamó a Mary.

Cuando esta se presentó en las oficinas, Javier Labrador le informó que, si bien el documento que poseía Cinthya era legal, porque peritos judiciales habían corroborado como auténtica la firma de Peter, lo llamativo era que había sido hecho el día viernes veinticuatro; justo la fecha en que Peter había comenzado a sentir los síntomas que lo llevaron a la muerte.

Javier aclaró que, aunque desvinculado, hacía esto por la amistad que lo unía con Peter Wilson. “No veo claro todo esto” dijo y agregó: “La justicia no abrió ninguna investigación porque se han basado en el informe médico, que dice que la causa del deceso fue un paro cardíaco”. “Sí, eso dice” corroboró Mary. “Pero toda muerte se produce por un paro cardíaco.”

El abogado murciano terminó recomendándole que sería conveniente que contara con los servicios de un investigador. Como Mary se mostrara interesada, Javier le entregó una tarjeta. “Este es un muchacho muy competente. Ha trabajado para nosotros. Es abogado, pero se dedica a ser detective privado. Te sugiero que llames a Pintura y lo interiorices del caso. Ya me dirás tú lo que resuelvas.”

“¿Pintura?” preguntó Mary y leyendo la tarjeta, agregó: “Aquí dice ‘Mariano Hernández’, ¿te habrás equivocado de persona?”

Javier sonriendo se disculpó y dijo que ese era un apodo. “A este chico, prácticamente lo crió Fontevecchia cuando su padre terminó en la cárcel. Ayudaba a la madre hasta que murió arrollada por un camionero en Lincoln Road. El muchacho ya estaba ingresado en la universidad y Marty se hizo cargo hasta su graduación.”

El apodo “Pintura” era porque en épocas de carencias, el muchacho iba por el barrio y con un trozo de metal rayaba coches aparcados. Llamaba a los propietarios para informarles y se ofrecía para repararlos. Utilizaba un espray en aerosol que compraba en el *T.V.Compras* y la raya desaparecía. Los dueños, muy contentos, le daban buenas propinas y así se ganaba el día. Hasta que en una oportunidad lo pescaron rayando un coche que ya había reparado

tres o cuatro veces. Le dieron una buena paliza y le dijeron que si lo volvían a ver por el barrio lo iban a matar.

El avión contactó con sus neumáticos sobre el asfalto de la pista. Por perfecto que sea el aterrizaje siempre es un beso violento de lo que llega a lo que está. La fuerza del impacto eleva la temperatura casi hasta provocar fuego. La fricción genera una humareda y el sacudón, aunque contenido, desestabiliza con unos pocos tumbos hasta dar a entender que la carrera, aún cuando vaya aminorando, es la muestra del avance firme. De la vida.

Tanto la noche como la claridad estaban indecisas. Llegar a un destino conocido después de tres años provoca sensaciones derivadas de las vivencias que cada quien se permita recordar. Mary ya estaba invisible. Los pasajeros se iban incorporando de sus asientos, hablando en tonos más altos, atacando al entumecimiento con movimientos de elongación. Algunas risas y bostezos eran el corolario de una llegada normal.

Tres años atrás, Fernando había llegado a este mismo lugar para hacer dos trámites que no presentía complicados, con una misma persona. Las cosas no habían resultado como él las esperaba. Pero dentro de todos los contratiempos posteriores, había tenido una compensación. El haber conocido a Mary Wilson.

Después habían llegado la frustración e incertidumbre. Pero aunque como un secreto inconfesable, una pequeña luz de esperanza siempre se había mantenido encendida en algún lugar recóndito de su psiquis. Y puede que esta fuera la explicación para entender la decisión de realizar este viaje inexplicable.

Mary, la depositaria de toda una variante de pensamientos de parte de Fernando en estos últimos tres años, andaba por ahí, cumplimentando sus últimos momentos laborales. No estaba a la vista, pero él sabía que ella andaba por ahí. Que la había recuperado, sin preocuparse por cuánto tiempo.

Fernando, ese chaval al que cada vez que miraba sentía el mismo impacto emocional como aquella primera vez, se estaría moviendo entre la gente. Mary pensaba que él demostraba en todo momento, temor a perderla, sin darse cuenta que el temor era de ella de seguir perdiendo cosas, tanto materiales como afectivas. Para su edad, eran demasiadas las pérdidas que había tenido y no quería ya seguir sufriendo más despojos. Mucho menos a

este hombre con tanto de guapo como de puro. Alguien que a poco de tratarlo, hasta el ser más desprevenido advertía sus valores de hombre simple y absolutamente sincero.

No estaba con ella pero sabía que estaba por ahí. Y recordando su despertar cuando lo había besado mientras dormía, deseaba que pasaran rápido los minutos que mediaban para volverse a encontrar, sin importar por cuánto tiempo. Porque la vida le venía mostrando que el verdadero obrar de toda existencia era vivir cada minuto del presente. Esta era una prédica que muchos repetían, pero pocos la tenían en cuenta como modelo a seguir.

Tanto los avatares negativos como los tiempos felices, eran sus permanentes instructores. Tuvo ganas de llorar. Luchó con fuerza para contenerse. Todavía estaba entre los compañeros de la tripulación y no debía hacer visible algo tan privado como el llanto. Pero algunas lágrimas se habían escapado de sus ojos, dándoles un brillo que resaltaba su tono de pradera galesa.

Finalizada la faena, recuperó su maleta y mientras descendía, el aire exterior la incitó a dar una inspiración profunda y apareció una sonrisa en su boca y en sus ojos. Fernando estaba por ahí. Y la esperaba.

Pintura le hizo a Mary todo tipo de preguntas. Sobre su padre. Sobre Cinthya y sobre ella misma. Dijo desconocer qué tiempo le llevaría hacer estas pesquisas “porque hay datos que saltan a la vista y otros difíciles de hallar.”

“¿Como cuáles?” había preguntado Mary. Mariano Hernández, ¡vamos, Pintura! Le había contestado con otra interrogación. “¿A cuánto asciende la fortuna de tu padre?”. Mary no lo sabía y le era imposible calcularlo. En la empresa trabajaban varios contables con los cuales ella no tenía trato laboral, porque su padre había preferido que fuera interiorizándose por áreas. Y a la que la había designado en los últimos meses era a la que conducían Glenda y Fabián, los dos economistas actuarios encargados de las estadísticas.

“Puedo decirte que hay seis hoteles en Miami, uno en Orlando, uno en Jacksonville y seis en California. Hay nueve lavaderos industriales entre los dos estados. Una empresa de alquiler de coches. Una propiedad en Nueva York, tres en Miami y dos en San Francisco. Unos veinte coches y un avión. ¡Ah! dos barcos. Y en las cuentas bancarias... ¡ni idea!”.

Pintura movía la cabeza ante cada enumeración. Por momentos asintiendo y en otros meneándola como diciendo “¡Qué notable!”. Pero después, por sus palabras, aclaró el sentido. “¡Cómo una persona ambiciosa y sin escrúpulos no va a ser capaz de matar por semejante fortuna!”.

Pasaron unos pocos meses y Pintura llamó a Mary una madrugada. Dijo que tenía que verla. Cuando Mary, somnolienta, preguntó para cuándo deseaba concertar la cita, Pintura respondió “Ahora mismo”.

Hasta la zona de Ocean Drive se hallaba desierta a esas horas. Se presentó con una gabardina impermeable y sombrero verde. “Este chaval no está bien del coco”, pensó Mary viéndolo jugar a ser un detective de los sesenta, de esas series en blanco y negro que tanto le gustaban a su padre.

“Finalmente logré averiguar quién compró los tubos de anticongelante”. Mary estuvo a punto de preguntarle de qué cuernos hablaba, pero prefirió seguir escuchando.

Desde la muerte de Peter y por directiva de Javier Labrador, Pintura y dos amigos de confianza se habían dedicado a revisar las bolsas de basura que sacaran de la casa del fallecido.

“El abogado español había recibido un llamado de tu padre el día sábado, diciéndole que se sentía mal de salud. Como él siempre había sospechado de Cinthya, creo que por saber quién era su padre, vaya el diablo a saber qué presunción lo llevó a que me llamara y me encomendara esa tarea. Entonces, hallar envases de reciente uso de líquido anticongelante para coches, ¿sabes qué es?”

“¡Oye tío, que soy de Dakota! ¡Y la del Norte!” había acotado Mary, fastidiada, más que por la pregunta, por el sueño interrumpido.

“Vale, vale, pero como decía, ¿anticongelante usado en forma reciente en el calor infernal de Miami? No era un hallazgo para nada normal. Y hoy mismo acabo de averiguar quién lo compró y qué uso le han dado.”

Mary ya estaba totalmente lúcida y quiso saber más sobre el tema, pero Pintura se tenía que marchar. Dijo tener una carpeta sobre el caso, en el que estaba poniendo mucho esfuerzo y debía conducirse con suma precaución porque los riesgos eran reales. Si se probaba que Peter había sido asesinado, también se probaba que al o a los criminales no les temblaría el pulso con tal de mantener la impunidad.

“Completaré esta investigación a mi regreso. Viajo ahora mismo para Europa. Debo entrevistarme con un empresario, también de hoteles, que puede ser una víctima más de este círculo mafioso que una mente perversa está formando. Cuando vuelva, creo que será cuestión de poco tiempo lo que nos llevará resolver el caso de la muerte de tu padre. Porque estoy convencido que esta es una cuestión de Etilenglicol. Pronto nos volveremos a ver y te daré más información”.

Pintura Hernández se había puesto de pie, abrochado el impermeable y tocado el sombrero con dos dedos a modo de saludo. Mary quedó confusa y con temor. En algunas horas debía concurrir a trabajar, como una empleada más, a las oficinas de la empresa que había sido de su padre.

Ahora todo pertenecía a una extraña que había aparecido hacía poco más de dos años y que, por las informaciones brindadas, serias sospechas recaían sobre ella. Sin embargo, a poco de enviudar, había formado una sociedad; comentaba que se había enamorado con fines matrimoniales y viajaba a Europa casi semanalmente, acompañada por dos asistentes extranjeros de aspecto intrigante.

Toda vez que se embarcaba, Mary venía desde su casa hasta el aeropuerto en su coche y lo dejaba en un parking del aeropuerto. Y ocupando su lugar, el reluciente Ford Escape gris, aguardaba el regreso de su ama. Y desde ahí, recorría con generosa velocidad toda la calle siete hasta Biscayne, tomaba un poco de aire marino y raudo transitaba el puente hasta Miami Beach, internándose en la isla hasta Collins y finalizar el recorrido. Y en otros días, hacía lo mismo pero a la inversa, llegando al aeropuerto para quedarse horas que sumarían días, silente, mientras su ama surcaba cielos y pisaba suelos extraños, a veces hablando lenguas extrañas o llorando por ciertos recuerdos que la abrasaban.

El beso en el encuentro a la salida de los arribos había sido intenso, dulce y prolongado. Tenían la actitud de los que son puestos en libertad sin cargos y con disculpas por un error de procedimientos. Ahora iban en el coche. Recién saliendo del aeropuerto. Comenzaba la mañana con un cielo azul y una luminosidad intensa. También los ánimos de ambos estaban impregnados de intensidad. Y algo de miedo, de ansiedad y euforia. Porque el amor es un estado en el que se experimentan todas las sensaciones. Al punto, que se hace indefinible.

—Entonces haremos así. —Fernando hablaba sin dejar de mirar al tráfico, preocupado por la velocidad que Mary le imponía al vehículo—. Me llevas hasta el Marriot donde tengo la reserva y luego veo que continuidad le doy.

—Como desees. Pero si cuando vengas a mi apartamento, y te agrada, bueno, mira, yo...

—¡Cuidado! ¡Mary, por Dios!

—¿Qué? ¿Qué te ocurre, chaval?

—¡Que le has pasado rozando a ese Honda, tía!

—A ver, primero no era un Honda sino un Hyundai; segundo, no lo rocé, pasé a unos cinco centímetros.

—¿Y? ¿te parece suficiente a la velocidad que llevas?

—Claro, ¿para qué más? Además, esa tía conduce muy lento para ir por ese carril. —Mary parecía divertida con los temores de Fernando.

—Vale, pero por favor, conduce con precaución.

—¿Crees que lo hago mal?

—Mal no. Eres un poco loca, nada más.

Mary no pudo contener la risa. No tanto por las palabras de Fernando, sino por su actitud. Iba asido con ambas manos al cinturón de seguridad, como un niño asustado. “¡Cuánto lo amo!”, pensó Mary. Y paró la risa y se lo dijo, cambiando el “lo” por “te”.

—Yo también te amo —dijo Fernando.

Y estas palabras parecieron calmarlo, porque sacó las manos del cinturón, dejó de mirar al frente y volvió la cabeza hacia el costado para contemplar embelesado el perfil amado de esta maravillosa mujer, dada por perdida y finalmente reencontrada.

—¿Y tú cómo conduces?

—Normal —contestó Fernando. Lacónico y preciso.

—Normal —repitió Mary. Y agregó interrogante—: ¿Qué es normal?

—Lo que está en su medida. Lo que la realidad impone.

—Vale, pero... ¿dame un ejemplo?

—¡Uy!... mira, recuerdo que cuando niño; ¡bah! mejor adolescente, practicaba buceo. El instructor también nos enseñaba a nadar en inmersión, sin oxígeno, ¿sabes?... y lo normal de contener la respiración bajo el agua eran unos tres minutos aproximadamente. Sin embargo, el profesor nos contaba que en Indonesia había nadadores de una tribu, una etnia que no recuerdo el nombre, que superaban sin problemas los diez minutos de inmersión. Bueno, esto no puede considerarse normal.

Mary respondió con una mirada de reojo y abrió un poco la boca demostrando asombro. Ya no iba tan rápido. Después de todo no era necesario. Disponía de todo ese día libre, de toda esa noche y del día siguiente hasta las seis de la tarde. A partir de esa hora volvía a su trabajo para volar a Tokio.

—¿Y cómo sería un beso normal?

Fernando sonrió. Después quedó como si estuviera meditando. Volvió a sonreír apenas y su rostro pasó a cobrar una seriedad de estar tratando un tema serio y complicado. La respiración se le volvió lenta y algo sonora. Su cabeza estaría ocupada en recordar algunos hechos trascendentes y sus consecuentes sensaciones.

—¡Venga, guapo! ¿Cómo sería un beso normal?

—Contigo... —finalmente comenzó a decir.

—Por ejemplo, sí.

—Contigo, amor mío, yo nunca tendré besos normales.

Mary palideció. Parecía como que hasta ese momento estuviera tomada por un deseo de imponerle un aire jocoso a la charla, pero que de pronto comprendiera que a veces se toman esas posturas para evitar caer en emociones enormes, esas que avasallan y desarman la voluntad en los estados de ánimo.

—No. No tendré besos normales —retomó Fernando—. Porque mi amor por ti es algo desmesurado. Entonces, todo lo que contenga esta relación será también desmesurado. Vivir para tenerte, desear morir si te pierdo, estar al borde de la desmesura solo por verte... siento que esas serán premisas espontáneas. Mary, créeme, desde la primera vez que te contemplé, hace tres años, hasta volvernos a ver hace unas horas, no he dejado de verte y contemplarte en una evocación imaginaria continua. No he hecho otra cosa que recordarte pero en un presente mental. Decirte sin detenimiento que te amaba aunque no estuvieras, de igual manera como te lo digo ahora que estás. Mira, te amo de tal manera que hasta dudo que ahora estés aquí presente. ¡De verdad! Temo que esto sea un espejismo como esos que tienen los sedientos, enloquecidos por la deshidratación, a punto de incendiarse con el sol del desierto y clamando por agua que creen ver por todas partes. Temo que pueda despertar, amor mío, tengo miedo, pánico, amor, un pánico brutal, amor, amor mío...

Ella había detenido el coche a un costado y lo miraba. Lo escuchaba. Temblaba. Porque el amor es un maldito terremoto. Y aguantó como pudo hasta las últimas palabras. Y ya no aguantó más. Se tiró sobre él. Y él la recibió contra su pecho, con lágrimas y todo. Se miraron, apenas, casi nada y se besaron. Porque los amantes en estas situaciones optan por besarse a falta de otras alternativas. Lo siguiente, si fuera posible, sería fusionarse, fundirse, incendiarse o morir dulcemente, difuminados en una niebla que los fuera envolviendo y flotando los llevara a regiones perfumadas con los aromas virginales de los paraísos prometidos.

Cuando Fernando bajó y fue a coger su maleta, la sonrisa que le había asomado se convirtió directamente en risa. Hacía tres años, cuando entraba a este mismo hotel, un numeroso grupo de jovencitas lo habían confundido con un famoso cantante coreano. Ante el asombro de Mary, le contó brevemente el hecho y ambos continuaron la risa.

—¿A qué hora paso a recogerte, amor mío?

—No lo sé. A lo de la reserva lo arreglaré rápido y subiré a ducharme y descansar un poco. Tú decides.

—De acuerdo. Vendré más o menos a las doce. De todas maneras te llamaré antes, ¿sí?

—¡Venga!

—Hasta ahora, cariño.

A Mariano Hernández, conocido entre sus amigos con el apodo de Pintura, lo habían hallado muerto en su apartamento de la calle 8 en la Little Havana. Un vecino de la tercera planta que regresaba finalizando la madrugada de su trabajo nocturno de agente de seguridad, yendo por el pasillo hasta su puerta, le llamó la atención que la puerta del muchacho estuviera entreabierta y el interior a oscuras.

Horas después dijo a la prensa que había dudado entre entrar o no, picar la puerta o dar voces. Finalmente se decidió por llamar a la policía, que no demoraron en llegar. El vecino los había esperado abajo para franquearles el ingreso.

Los policías entraron portando linternas y armas en mano. No demoraron en verlo en un recinto de pocas dimensiones. Buscaron las llaves de luz y al encenderlas, vieron el cuerpo tirado boca abajo sobre dos charcos de sangre. Lo pusieron de cara al techo y tomaron su pulso. El cuerpo estaba frío. Después dictaminarían los forenses que aproximadamente habría muerto hacía una hora y media o dos. Es decir, más o menos a las cuatro de esa noche.

Tenía un orificio en la frente y otro en el pecho, a la altura del corazón. Los disparos provenían de un arma de mano con silenciador. Nadie de esa planta había oído detonaciones ni visto presencias sospechosas. La cerradura no había sido forzada. Por lo que las conjeturas eran que el occiso les hubiera abierto o alguien utilizando una ganzúa hubiera entrado y aguardado su llegada.

Dos cajones de un mueble estaban abiertos y con señales de haber sido revueltos. El ordenador, que estaba sobre una pequeña mesa contigua, tenía la tapa arrancada y habían extraído el disco duro. Por lo visto, los móviles del o los asesinos no eran el simple robo de objetos de valor o dinero. Pintura conservaba en un bolsillo del pantalón, una billetera con cuatrocientos dólares y dos billetes de veinte euros.

Las investigaciones no tuvieron ninguna pista firme como para encaminar el caso hacia un esclarecimiento. Por ser detective privado y llevar adelante numerosas pesquisas, no era de extrañar que tuviera enemigos que desearan su fin. Las únicas certezas eran que tendría material de investigación

en su poder que pudiera hacer incriminaciones actuales y vigentes. Y la otra, que había llegado de Europa hacía dos días. Esto era todo. Poca cosa, al no contar con testigos o pruebas materiales.

En París había permanecido cuatro días. Tres prácticamente encerrado en su habitación de hotel. Y el cuarto, que era el tercero en el orden de su llegada, había salido antes del amanecer y regresado cerca de la medianoche.

Cualquier aficionado a las investigaciones deduciría que no había viajado como turista. Porque estar encerrado en un cuarto, dormir, ducharse, leer o escribir ¡yo qué sé! masturbarse y hasta pidiendo que le suban la comida, da lo mismo estar en cualquier parte del mundo, ¡coño! ¡semejante viaje para eso! ¡joder!

La clave estaría en ese día que se borró del hotel por tantas horas. ¿Una larga entrevista? ¿un largo viaje para una entrevista corta? ¿una entrega u obtención de material o información? ¿sería eso lo que buscaban los intrusos y se lo habían llevado?

La M.P.D., policía de Miami, designó para esta investigación al teniente Jack Quiroga y su equipo de cuatro efectivos. El oficial se contactó con algunos amigos cercanos y con Marty Fontevicchia, que era como su padre adoptivo, ya que de su verdadero padre no tenían datos de paradero, si bien muchos afirmaban que seguía con vida. Sus agentes lo hicieron con un estudio de asesores jurídicos para los que el muerto hacía eventuales servicios, pero nada. No obtuvieron ningún dato relevante como para encaminar una pista. Pero Pintura había sido asesinado.

El policía también se ocupó en averiguar sobre posibles cámaras que pudieran haber registrado imágenes de la puerta de acceso al bloque donde estaba la vivienda de Pintura. Una tienda de enfrente y una de la esquina de la misma manzana tenían imágenes, laterales, pero bastante claras.

Sin centralizar el portal, permitieron ver que a las tres y media ingresaban un hombre y una mujer conduciendo un coche para niños. El pequeño, bastante crecido para ser llevado de esa manera, pero esa era la actual tendencia occidental, iba dormido. Luego comprobarían que esa familia vivía en la cuarta planta.

Tres minutos antes de las cuatro y dos para la otra ingresó otra persona. En una primera impresión parecía ser Pintura, más que nada por la indumentaria. Su clásica gabardina clara y el sombrero. Pero este era de alas más anchas y forzadas hacia abajo. Unas enormes gafas negras cubrían gran parte de sus facciones, completando el ocultamiento el cuello levantado del

impermeable. Y en estudios más detallados, quedó en claro que esta persona era de más baja estatura que el occiso, al menos diez centímetros y más delgada. Su calzado deportivo era marca *BarCat*, producto de la UE no comercializado en USA.

Ninguno de la finca reconoció a esta persona como vecino, incluso aquellos que en un primer momento juraban que era Pintura. Si lo hicieron con alguien tumbado en la acera, en apariencias, durmiendo. Dijeron que era un vagabundo de más de cincuenta años, que durante el día recorría el barrio y el Downtown y desde hacía bastante tiempo, se echaba a dormir bajo ese árbol frente al portal.

También, Quiroga advirtió, además de la salida del personaje efectuada catorce minutos después de haber ingresado y alejarse en la misma dirección por donde había aparecido, que cuando entró había demorado más tiempo del habitual que se necesita para abrir una puerta. La evidencia daba a entender que habría probado dos o tres llaves hasta poder franquearse la entrada.

Y para sumarle más misterio al caso, el vagabundo no volvió a dormir más en ese lugar después de esa noche. Solo el dueño de un kiosco dijo conocerlo superficialmente, haberle oído alguna vez historias sobre la peligrosa Miami de los ochenta y que su apellido podía ser Fernández o algo por el estilo.

—Hola, Carolina.

—¡Hola, Fernando! ¿Dónde estás?

—Primero sería “cómo estás”, ¿no crees?

—Que sí, que sí, hermano mío. Es que te echo en falta y quiero saber si estarás aquí para esta noche.

—No, pequeñaja. Va a ser que no, me temo.

—¿Por qué?

—Porque estoy en Miami. Cómo, ¿no lo sabías?

—Claro que no... sabes que a mí siempre me dejan de lado.

—¡No digas eso, pequeña princesa! Me rompes el corazón.

—No es por ti, lo sabes, lo digo por papá, mamá y ese tonto de Gonzalo.

—Sabes que nuestros padres tienen muchas ocupaciones y no nos dejan de lado. Y Gonzalo estaba bastante complicado con el tiempo para una asignatura. Tranquila. Claro que todo está bien y lo que no, lo pondremos en su sitio.

—Eso espero. ¿Cuándo vuelves?

—Pronto, prontito... ¿recuerdas que alguna vez te hablé de Mary... Mary Wilson?

—Sí, muchas veces.

—Pues, nos encontramos. Y estamos en Miami.

—¡Oh! ¡qué guay, tío! ¡esto sí que mola! ¿Estáis juntos?

—Bueno, depende, aún no... nos vimos en el avión. En un rato saldremos a dar un paseo, seguro que a cenar y hablaremos.

—¿Estás feliz? ¡A que sí! —La voz de Carolina sonaba feliz.

—Sí, hermana pequeña, estoy muy feliz —respondió Fernando.

—Mira, si tú lo estás, yo también lo estoy.

Fernando luego llamó a su madre y supo que su padre estaba por tres días en la costa amalfitana. En ese preciso momento, salía desde Maiori para Positano donde pasaría la noche. Al día siguiente a Salerno y luego retornaría a Barcelona. Su madre le sugirió que lo llamara.

—Prefiero hacerlo cuando vuelva a casa. Ahora está trabajando y no

quiero importarlo. Salúdame a Gonzalo cuando vuelva de la facultad.

—Y tú, ¿hasta cuándo te quedas en Los Ángeles? —preguntó Susana.

—Miami, *lady Susan*, Miami.

—Es lo mismo, *nen*, ¿hasta cuándo?

—Tres o cuatro días más, no más, mamá. No te preocupes que estoy bien.

El trayecto hasta el apartamento de Mary fue relajado para ambos. Ella condujo distendida y Fernando no tuvo necesidad de aferrarse a nada. Hablaron poco. Él le contó que había hecho dos llamadas a su casa e hizo referencias a los contenidos de las conversaciones. Ella se rió bastante, complacida con ciertos ribetes de comicidad en el trato familiar.

Eso la llevó a recordar que con su padre siempre había tenido un trato parecido. Ambos se hacían bromas con apariencias de cosas serias y hasta con actitud de fingidos enfados, que descolocaban a cualquiera que estuviese presente, incluso conocidos y hasta a su madre, que a veces no podía distinguir entre la verdad y la farsa.

—¡Mira! —exclamó de pronto Fernando—. Recién ahora me doy cuenta que tu madre y mi hermana tienen el mismo nombre.

—¡Ostras! —dijo Mary con énfasis—. ¿Recién ahora? Yo registré ese detalle hace tres años, cuando nos conocimos y en algún momento me hablaste de tu familia.

—¡Jolín! —replicó Fernando con tono exagerado—. Es que no todos podemos tener una memoria privilegiada como la tuya; por algo eres “libróloga”, cariño mío.

—Perdón por corregirte, dulzura, pero soy filóloga, no esa palabreja extraña que has dicho. En cuanto a la memoria, tú también deberías tenerla, ¿acaso no eres “astrólogo del físico” o como se llame?

—Astrofísico. Trata de recordar, ¿vale? as-tro-fí-si-co.

—Trataré, te prometo. A propósito, guapo, ¿cómo vienen las cosas para Aries esta semana?

Al oír esto, Fernando no pudo contener la risa. Y Mary estalló con él. Habían llegado y aparcado. Antes de bajar se abrazaron y besaron. Y ante el riesgo de no poder despegarse, ambos, al unísono, se instaron a descender del coche. Se iban conociendo mucho y rápido. Y esto siempre es beneficioso.

En la quinta planta de un bloque situado sobre Collins Avenue, estaba el apartamento de Mary. La decoración minimalista dejaba al descubierto el carácter de su moradora. Una persona simple, sin complicaciones por minucias, práctica y resuelta para lo que fuere en cualquier momento.

—¿Qué te parece? —Fue la interrogación de ella.

Ambos eran hijos de propietarios de hoteles de lujo. Ambos de familias millonarias. Pero también los padres de ambos habían sido hijos de familias de condición humilde. Y se habían sabido desenvolver para aprobar una carrera y después, ganar una sólida posición económica.

Mientras esperaba la respuesta Mary pensó: “¡Qué buenos amigos hubieran sido nuestros padres, de haberse conocido!”. Y mientras iba a responderle, Fernando pensó: “Si se hubieran conocido, ¡qué buenos amigos hubieran sido Peter y Melchor!”.

Más tarde se confesarían mutuamente lo que habían pensado en este momento. Y los dos lo tomarían como una muestra telepática, transmisión de pensamiento, casualidad, magia y demás cosas que se dicen. Rieron por esto pero sin confesarlo, se emocionaron. Porque todo signo de comunión tiene una esencia misteriosa y cuando aflora, sacude desde el alma, o bien, desde esa parte desconocida que conforma nuestro ser.

—Me encanta. Es muy luminoso.

—¿De verdad? ¿no te parece demasiado simple?

—Sí, es simple y eso me encanta. Las viviendas cargadas de adornos y tal, tipo iglesia barroca, me producen jaqueca.

—¡Qué bueno! Coincidimos totalmente.

Sentados uno frente a otro, se tomaron las manos y chocaron las miradas. ¡Tenían tanto de que hablar!. La tarde se veía espléndida tras los cristales del balcón. A lo lejos el mar. Confundiéndose con el cielo. Afuera estaba caluroso pero ahí dentro la temperatura era la ideal.

—Todo el tiempo que dejamos de vernos desde aquél día en que nos conocimos, entre muchos interrogantes, me he estado haciendo una pregunta constantemente —dijo Mary, rompiendo el silencio que habían impuesto las miradas.

—A ver. —Fernando tenía delineada en su cara una sonrisa de satisfacción por volver a hablar con ella en total libertad; con absoluta intimidad—. Dímelas, tal vez yo también me la haya formulado.

—¿Por qué no? Mira, es lo siguiente. Y perdóname si no puedo explicarlo bien, pero es que me resulta difícil.

—¡Venga ya! Como salga.

—No entiendo cómo nos pudimos enamorar. Hablo del tiempo. Una tarde... ¿qué digo? ¡ni eso! a ver... estuvimos casi una hora en ese bar... luego salimos y caminamos, lento, sí, hasta que llegamos hasta las escalinatas

del museo. Después nos sentamos pasados unos metros y seguimos la charla que habrá durado... ¿una hora?

—Menos.

—Sí, tienes razón, pongámosle media hora... hasta que ocurrió el suceso. Después sí, nos vimos, pero efectuando declaraciones hasta entrada la noche y nos cruzamos un par de veces al día siguiente por el mismo embrollo. Pero este tiempo no se puede contabilizar. Entonces, vernos, lo que se dice vernos y hablar fue cosa de... dos horas y media ¿prefieres tres? vale, pero no más.

—Cariño, te estás olvidando de un tiempo fundamental. De la base. De las líneas verticales que vio von Fraunhofer observando la luz solar a través del espectroscopio.

—Luego me traduces lo que estás diciendo, cariño, pero ahora dime, ¿de qué tiempo dices que me olvido?

—¿Cuánto llevó que tú salieras del ascensor, caminaras hacia mí, te detuvieras, preguntaras si yo era yo, te presentaras diciendo tu nombre y me dieras la mano? ¿cuánto? ¿cuánto, amor de mi vida? —Las últimas palabras dichas por Fernando sonaron como las de un niño clamando, a punto de romper en llanto.

—¡Uy, cariño mío! —Mary había cogido la emoción de Fernando por contagio del aire—. Nada, un minuto.

—Y menos también.

—Es posible. Para mí fue caminar quince metros e intercambiar tres o cuatro frases.

—Tres frases. Dos tuyas y una mía. Veintiocho palabras. Al finalizar esto, yo ya estaba perdidamente enamorado de ti. Al subir al ascensor sentía deseos de casarme contigo. Quien quiera puede conceptuarme de loco que nada voy a rebatir, lo acepto, porque entiendo que es algo inconcebible. Pero ese amor, ya ves, sigue inalterable.

—Lo sé, Fernando, amor mío, ¡mío!, ¡mío! ¡sí! lo acepto, ¡vida mía! lo comprendo con todo mi corazón. —Las lágrimas que habían asomado, comenzaron a evadirse de los ojos esmeralda de Mary—. Sabes que a mí me ocurrió lo mismo. Cuando recibí la directiva de ir a buscarte, bajé para encontrarme con alguien, ¿sabes? uno de tantos en mi rutina de trabajo. Y al verte sentí una conmoción. Supe que eras el hombre de mi vida. Cuando entramos a mi despacho, temblaba como una hoja. No podía decir palabra.

—Lo recuerdo, mi amor. Nos sentamos como estamos ahora,

enfrentados y no dejábamos de mirarnos.

—Esto es hermoso, Fernando... por favor, no hagamos que esta felicidad se corte, se pierda. ¡No me dejes, mi amor!

—¿Dejarte? ¡Ni muerto pienso hacerlo! Si te pierdo perderé la vida.

Bajaron tomados de la mano, con un plan elaborado para vivir las horas que les quedaban para estar juntos, hasta que ella partiera en un próximo vuelo. La tarde, sutilmente, como para no defraudar a los admiradores de su esencia lumínica, daba muestras de declinar su presencia potente para ir dando paso al ocaso que preanuncia la noche.

Iban rumbo al mar. No para internarse en las aguas y disfrutar de playa. No iban con la vestimenta adecuada. La idea era ver de frente las aguas del océano. Y que su inmensidad se compenetrara con las enormes dimensiones del amor que sentían. Estar en la grandiosidad que solo capta el pensamiento y sacraliza el espíritu.

Se amaban con desmesura. Y eso tenía sabor de milagro. También de auténtica limerencia correspondida. Porque su nacimiento, su instante de origen era misterioso e insondable. No podía medirse con lo convencional de las relaciones humanas y sociales. La medida, el protocolo, la normalidad. Porque nada de esto define y acepta la injerencia de la magia en lo real ni en lo científico. Iban al encuentro del mar para aguardar el comienzo de la noche.

En el apartamento de Mary, desde la llegada, podían haber tenido relaciones sexuales. Se deseaban mutuamente y acostarse juntos era algo que planearon desde el momento en que se conocieron. Y que no pudieron concretar por el terrible incidente que separó sus vidas hasta el casual encuentro. Hubieran hecho el amor a bordo del avión de haber sido posible.

Sin embargo, puede que por la seguridad que les daba el reencuentro, no desearon abalanzarse sobre ellos como dos hambrientos ante manjares servidos en bandejas. Y esto no lo habían acordado de antemano. Fue un acuerdo tácito sin que mediaran palabras. Como si los acontecieran, para no variar la comunión prevaleciente, mantuviera la unicidad en los proceder.

Ahora estaban abrazados frente al mar. En poco rato la playa quedaría desierta y silenciosa.

Cuando Mary llegó a Tioga, en Dakota del Norte fue a ver a los únicos parientes lejanos de su padre. Ellos se habían hecho cargo del albergue, veinte años atrás. Pero hacía cinco que lo habían vendido porque ya no funcionaba bien el negocio. Necesitaba una costosa remodelación y no contaban con la cifra necesaria. Estaban un poco delicados de salud y la idea de buscar inversores no los convencía.

No estaban al tanto que Peter había muerto y de qué manera. Mary les comunicó que había salido casi escapando de Miami. Si bien el caso estaba resuelto, también habían asesinado a un investigador privado. Y esta organización responsable de múltiples hechos, al decir del teniente Quiroga de la M.P.D “pueden operar tanto desde adentro como desde afuera.”

Matt Wilson y su esposa Brenda, le ofrecieron una habitación para que permaneciera el tiempo que fuera necesario. Ellos habían sido beneficiarios de la generosidad de Peter, al venderles el hostel a un precio irrisorio y en una financiación increíble. “Ni un hermano actúa como lo hizo tu padre conmigo. Y eso que somos, mejor dicho, éramos solo primos segundos.”

Y fue la tía Brenda, como la llamaba Mary y casi toda la juventud del pueblo, donde había sido profesora de biología y ciencias naturales, la que una mañana le anunció que se presentara en el principal hotel del pueblo, solicitara hablar con Letizia Stevenson, dijera que iba de su parte y escuchara la propuesta de trabajo que con seguridad le haría.

El caso es que, no obstante las situaciones traumáticas por las que había pasado recientemente, se sintió feliz de volver a trabajar. Le asignaron un ordenador y la tarea de hacerse cargo de todo lo relacionado con facturaciones; tanto de compras, servicios y liquidación de sueldos.

Compartía la oficina con Dalmacia Teitelbaum, de edad parecida y con una veta cómica increíble. Y Dany O'Reilly, licenciado contable, simpático y bailarín de danzas *ceili* del folclore irlandés. “Oye Mary, cariño, has caído en el lugar indicado” le dijo Dalmacia a la semana de estar trabajando. “Con la jefe no tendrás inconvenientes porque es gran amiga de tu tía Brenda; conmigo, te divertirás o me mandarás a la mierda, no hay problema, no puedo ser de otra manera... soy un prototipo que mis padres crearon porque son dos tiros al

aire... ¿qué resultado se podía esperar de un judío austríaco que quiso ser estrella de Hollywood sin saber inglés y de una india maya guatemalteca que se presentaba a los casting para musicales de Broadway, cantando en yucateco? ¡Oh, Dios mío!”

Mary reía divertida y Dalmacia, que en situaciones así nunca abandonaba la seriedad para causar más gracia y lo lograba, decía: “Así queremos verte, Mary. Aquí, con el bailarín hemos notado cierta tristeza en ti y eres muy joven y guapa como para estar apesadumbrada.”

Dany también intervenía. “Mira, *honey*, durante la primavera y el verano, al menos una vez al mes y con algunos pocos amigos más, nos vamos de fiesta tanto a Bismarck como a Regina, ¿conoces? En Canadá, sí... y desde ahora quiero que te sumes al grupo.”

“¿Es tan evidente que estoy triste?” se preguntaba Mary mientras agradecía la invitación “Sí, lo estoy, pero debo cuidar las apariencias” a divertirse alguna noche en alguna ciudad grande “por más que tenga motivos de sobra para estarlo” donde seguramente irían a cenar, a bailar, “¡Sí, tengo cara de tristeza!” a un concierto, a distraerse para despejar la mente, sentirse acompañados, buscar momentos para ser felices, ¿y por qué no?, también enamorarse.

Pero ella ya estaba enamorada. Pensaba que jamás habría de concretarse ese anhelo, con tanto de bello como de insólito. Pero era un ensueño que le quitaba el sueño.

Dany se había divorciado de un matrimonio que durara cuatro años y era padre de una niña. “¡Y eso que mi ex es psicóloga, ja!”. Después de la separación siguió llevando la misma vida metódica de antes, pero no quiso liarse otra vez con compromisos de pareja. Si tenía alguna relación sentimental, le aclaraba de antemano que por su parte los dos podrían proceder con total libertad y cortar el vínculo sin dar explicación alguna sobre su proceder y quedarían en buenas relaciones; o al menos no enemistados.

“No siempre le ha salido tan redondo” contaría tiempo después Dalmacia y en presencia de Dany, que conducía su furgoneta *Chevrolet Tahoe* con una muda sonrisa rumbo a la frontera canadiense. “Hace menos de un año, ¿o ya hace?” preguntó Dalmacia a su memoria. “Ya hace” contestó Dany, sin apartar la vista del camino ni dejar de sonreír. “Bien” prosiguió. “Si la propia muela te avisa que te fastidiará; así será. El caso fue que de quedar en ser amigos, aquella pelirroja después de varios *drinks* cambió de idea, y persiguió a Dany por todo el club con un zapato de taco aguja en cada mano.”

Al resto del grupo lo componían Christian Carpenter, su hermana Dolly y Víctor Brandsen, Este último era chofer de ambulancia y paramédico. En una salida anterior, en una heladería de Bismarck le había dicho a Mary que le gustaba estar con ella, disfrutaba de su compañía y podía llegar a enamorarse. Siempre y cuando estuviera de acuerdo en intentarlo.

Llevaba unos meses en un pueblo de mil trescientos habitantes donde todos se conocían entre sí, y el concepto que tenían de Víctor era óptimo. Pero Mary no sentía nada por él como para intentar una relación sentimental. Su corazón tenía dueño. Estaba ocupado, colmado por un amor ausente que solo iluminaba una débil llama de esperanza, que posiblemente en algún momento se apagaría. Porque la ausencia prolongada puede convertir a una simple brisa en viento huracanado, capaz de apagar enormes hogueras.

Todo esto que pensó, Mary se lo comunicó a Víctor. Lo hizo con voz pausada, en tono bajo, monótono, mirándolo a los ojos, intentando una sonrisa que no impidió que saltaran las lágrimas. Viendo esto, el muchacho hizo gala del concepto que de él tenía el vecindario que lo había visto crecer. Tomándole las manos, le pidió que no se preocupara "... por lo que yo te he dicho, porque comprendo perfectamente que estés enamorada y me alegro por ello. Admiro tu fe, tu esperanza y la fidelidad que demuestras. Voy a rezar por ti para que vuelvas a ser feliz al lado de la persona que amas. Te lo mereces, Mary. Y tienes en mí un amigo al que puedes recurrir para lo que necesites y esté en mis posibilidades, ¿sabes? ¡No lo olvides!... ¡pero qué bueno está este chocolate! Tomaré otro, ¿me acompañas?"

Al cumplirse el primer año de su llegada a Tioga, finalizado un verano maravilloso de sol expandido sobre las verdes praderas y clarísimas noches de luna tiñendo todo de plata, Mary se decidió a alquilar una vivienda. Todo ese tiempo lo había pasado como si estuviera de paso. Con la maleta sin desarmar del todo. Dispuesta a marcharse en cualquier momento porque su llegada había sido forzada por las circunstancias acaecidas en Miami.

Ella había nacido y vivido hasta los tres años en ese pueblo. Lógicamente no tenía recuerdos, solo una sensación de pertenencia que no tiene una clara explicación, salvo las menciones familiares que van generando adhesión y simpatía hacia lo que le agrada a seres que uno estima. Por lo demás, no concebía su futuro en ese pueblo donde había buscado refugio.

Pero también había tomado conciencia que no se puede vivir en permanente estado de emergencia. No es aconsejable vivir sin planes, aunque más no sea, a corto plazo. Por lo tanto, había que colgar la ropa en perchas y

dentro del armario. Después de todo, si decidía marcharse en algún momento, descolgar la ropa y volver a acomodarla en la maleta no sería ningún obstáculo que complicara su partida. Dentro de la casa andaría más cómoda y no siempre vestida, con chaqueta incluida, como si fuera a salir cuando en realidad acababa de llegar.

El apartamento era pequeño, pero cómodo. Estaba en la tercera y última planta de un bloque a corta distancia de la casa de los Wilson. Desde el balcón se podían ver unos atardeceres espectaculares. “¡Cómo me gustaría ver esta puesta de sol contigo, Fernando, amor mío!”.

Era sábado y estaba invitada a casa de los Carpenter. Dolly cumplía años y el rumor que se había expandido era que anunciaría oficialmente el compromiso y planes de boda con Dany O’Reilly. Sí, tanto buscar pareja ambos en lugares alejados, por fin se habían dado cuenta que el amor puede estar a la vuelta de la esquina. La noche prometía porque Dany había invitado algunos compañeros de baile de danzas irlandesas y además, pasaría la música Fetuccini Kid, que en una época fuera D.J. del *Dempsey* de Fargo.

“¡Cómo me gustaría ver esta puesta de sol contigo, Fernando, amor mío!”, repitió y se fue al interior. Se quitó la ropa y se dio una ducha. Salió del baño y vino a la cama. Terminó de secarse, tiró la toalla hacia un costado y se tumbó boca arriba. En completa desnudez murmuró: “Fernando”, recogió las piernas, “Fernando”, las abrió separando las rodillas y siguiendo con la musitación de ese nombre como un mantra, comenzó a masturbarse.

Había tenido relaciones sexuales con dos hombres hasta el momento. El primero había sido Joe Theodorakis, un compañero de la universidad. Se pusieron de novios y seis meses después, de común acuerdo, fueron a la cama. Ambos tenían veinte años. Para ella era la primera vez. El tampoco tenía demasiada experiencia. Lo hacían una o dos veces a la semana. El noviazgo duró casi dos años. Él se trasladó a Escocia para proseguir los estudios y quiso que ella fuera con él. Mary no estaba dispuesta a seguirlo. Tampoco estaba lo suficientemente enamorada. Joe era un buen chico, pero no colmaba las aspiraciones de ella con respecto al ideal de hombre que quería a su lado. Era bastante inmaduro, demasiado dependiente de su familia y esto, para ella invalidaba los planes que él manifestaba de llegar a tener una vida en común apenas finalizaran sus carreras. Solo dos veces hablaron por teléfono desde su partida. La primera por cortesía y en la segunda, Mary le dijo que no deseaba seguir comunicándose a nivel pareja. Que sería lo mejor para los dos. Y si él deseaba seguir relacionándose como amigos ella lo aceptaba de buen grado,

aunque le parecía que esta actitud era de total falsedad cuando alguien de una pareja rota hace esta propuesta. “*¡Pero qué pasa, qué pasa que no puedo!*”

El otro con el que se había acostado se llamaba también Joe. Era *personal trainer* y competidor fisicoculturista. Sin proponérselo ni tenerlo muy en claro, había terminado en la cama con él. No hablaron de amor ni de compromisos. Era muy simpático, culto y guapo. Y ella tenía necesidad de tener sexo, como toda persona joven y saludable. Joe no parecía ser un tipo complicado y mucho menos de esa clase de indiscretos que van contando sus conquistas amorosas para complacer sus complejos. Todo lo contrario. Era un muchacho reservado y modesto en todas sus acciones. Todo fue normal hasta que en el tercer encuentro y al final, él le reveló que era bisexual. Mary se sintió sorprendida, pero no dio señales de ningún tipo. Solo le preguntó por quién sentía mayor preferencia. Joe, con total sinceridad dijo que si bien disfrutaba con las mujeres, a la hora de elegir prefería los hombres. Y agregó que tanto hacía de activo como de pasivo. Como Mary pusiera cara de no entender, Joe aclaró: “Me gusta tanto ponerla como que me la pongan”. Mary agradeció la franqueza y para retribuirle de la misma forma, le comunicó que no pensaba volver a tener relaciones con él. Joe aceptó su decisión con tranquilidad, con una sonrisa que parecía triste y un dejo de vergüenza por no habérselo comunicado desde el principio. Algo que al despedirse se lo dijo. Ella le restó importancia pidiéndole que no se sintiera culpable de nada y que se seguirían viendo. Y así fue. Joe siguió siendo su entrenador hasta que ella, con la muerte de su padre y posteriores sucesos, dejó las prácticas. *¡Ay!, ¿pero por qué no me llega?*

Mary masajeaba el clítoris con todas las variantes donde el tacto indicaba que podía asomar el placer, pero el orgasmo no llegaba. La expansión del pensamiento en recuerdos del pasado posiblemente la habían desconcentrado. Y aún sintiendo deseos cada vez más elevados de llegar a la cumbre del placer, esta culminación se negaba a aparecer. Probó tocando ambos lados de los bordes internos de entrada a la vagina, por donde se extiende la parte no visible del clítoris y es donde se produce la erección de este órgano, y nada.

Había leído mucho sobre ginecología y sexología, gracias a largas charlas sobre el tema con su amiga Tun Tho, una doctora vietnamita llegada desde muy pequeña a la Florida. Estaba sintiendo cansancio en los dos brazos; manos y dedos incluidos. Se había acariciado los pechos, mojando con saliva los pezones; el abdomen, las piernas y hasta cambiado de mano para la zona

genital, porque los zurdos también disfrutaban de las buenas pajas. “*¡Malditos sean Colombo y Falopio!*”. Lo peor era que su deseo no menguaba. Nunca le había ocurrido nada semejante. Cuando adolescente, como todas, como la mayoría de las chicas, hasta leves roces le producían eróticos estallidos volcánicos “*¡Malditos vosotros también, morbosos Masters y Johnson!*”

Con el cuerpo enteramente sudado y con el cansancio de un campesino regresando al atardecer, llegó la salvación a su deseo. El solo instante de recordar la figura de Fernando, apenas saliera del ascensor, hizo que su garganta soltara un salvaje alarido y se extendiera con ahogos, suspiros y sollozos, entre temblores, contracciones y retorcimientos por todo el dilatado tiempo que duró ese orgasmo mayúsculo.

Y volviéndose hacia un costado, comenzó un pequeño llanto. Sonaban como gemidos de una niña pequeña. Y sintió que lo era. La alegría y la tristeza se confundían como a veces lo hacen la risa con el llanto. Estaba en el pueblo de su padre, alguien que ya no estaba, víctima de la traición a su confianza y buena fe. Estaba en el pueblo que había nacido y se había reencontrado con personas sencillas y afables que, a su manera, le habían abierto las puertas sin cuestionamientos. Tenía salud y fuerzas para seguir adelante, no abandonar la lucha para labrarse una vida feliz. Lo que no poseía era el amor. Porque con razón o no, se aferraba a un recuerdo que no renunciaba a volver a hacerlo presente. Ella había salido huyendo de Miami por miedo. Tuvo razones para hacerlo, pero la consecuencia había sido perder el contacto con quien creyó y creía que era el hombre de su vida. Todo era una rara mixtura de sentimientos opuestos, como lo representan las máscaras del teatro. La diferencia radicaba que todo estaba en un mismo cerebro y un solo corazón.

“¡Diablos!”, pensó. La fiesta de Dolly haría rato que había comenzado. Por un momento pensó en no ir. Pero no podía fallar. No solo a Dolly sino a los demás amigos, que se habían ocupado de darle alegría en salidas sencillas y alentarla cada vez que la sospechaban triste. En el teléfono vio cuatro llamadas perdidas que no había oído, porque antes de comenzar su solitaria práctica le había quitado el sonido.

Se volvió a dar una ducha rápida y con la misma urgencia se vistió. Bajó y cuando pisó la acera, vio que llegaba el *Nissan* de Víctor. Llegar a casa de los Carpenter, si bien en la otra punta del pueblo, fue cuestión de pocos minutos. Discreto como de costumbre, Víctor no preguntó por la causa de la demora.

La que estalló en quejas fue Dalmacia. Pero su cháchara, salpicada de

expresiones centroamericanas en español y exageraciones delirantes, dejaban en claro que a pesar de su cara seria, bromeaba como de costumbre. “Hasta pensé que te podían haber abducido extraterrestres, *chica*, porque llevo varias noches viendo luces raras en el espacio, de verdad, *coño*”

Mary no tenía apetito. Sí, una sed atroz. Christian Carpenter se ofreció a prepararle un trago *screwdriver* con zumo de naranja y vodka. Lo consumió rápido y cogió una *Coca Cola*. Pero de nuevo el anfitrión dijo: “¡Oye, Mary! Vamos a darle un poco de alegría a ese *drink*” y la combinó con una generosa parte de whisky escocés. Y así siguió consumiendo más alcohol hasta sentirse algo mareada.

Víctor se ofreció a llevarla a su casa. Al llegar, bajó y se ofreció a acompañarla a subir las escaleras. Mary reía por cualquier motivo. Lo invitó a pasar y él aceptó, aclarando que lo haría solo por un momento. “Te haré una confesión” comenzó diciendo ella con dificultades en la dicción “Esta tarde pasé mucho rato intentando masturbarme... pero estoy tan triste que no podía llegar al orgasmo... porque ¿sabes? la masturbación entre otras cosas es el consuelo de los tristes...”

Él empezó a sentirse incómodo. “Vale, Mary, vale...mira...” pero ella lo interrumpió. “¡Venga, Víctor! que aún no he acabado. Sé que te gusto porque me lo has oído... perdón, he bebido algo demás, me lo has dicho”. Víctor bajó la cabeza y asintió. Mary también hizo el mismo movimiento y prosiguió. “Entonces yo te propongo que nos acostemos y tengamos sexo. No te estoy proponiendo ninguna relación estable sino una noche para olvidar las penas, ¿vale?... porque tú sabes que estoy enamorada de un fantasma y seguiré hasta mi muerte... y si algún día se corporiza, ¡ja! mejor... ¿qué me dices? ¡total, qué más da!”

Víctor se puso de pie. Miró a los ojos a Mary. “Es verdad que me gustas. Que no me costaría nada enamorarme totalmente de ti, porque ya lo estoy bastante. Que me encantaría acostarme contigo. Pero como te aprecio como persona, como te quiero y te respeto... y sé que estás triste y por eso has bebido más de la cuenta... porque entiendo y comparto tus tristezas aunque nunca te lo haya dicho... por todo eso y seguramente algunas cosas más, es que no quiero acostarme contigo de esta manera. Eres un ser extraordinario, Mary, y siento que no debo hacerlo. Si en otro momento, totalmente sobria, me hablaras de este tema, entonces, las cosas serían distintas. Quiero que sepas que me muero por tener algo contigo... pero no quiero verte después arrepentida y que pienses que un mal nacido, un hipócrita con aires de

caballero, se abusó de tu tristeza”

Tiempo después Mary se enteraría que Víctor había sido condecorado por el ejército norteamericano en Irak. Dos años en esa guerra, ejerciendo tareas humanitarias como paramédico, le habían hecho obtener esa condecoración. A su vuelta, el único comentario que hizo fue que lo único positivo que rescataba de esa experiencia, era que tanto horror lo había vuelto más humano, menos egoísta, más comprensivo y sobre todo y a toda costa, amante de la paz.

Es posible que Fernando hubiera elegido estudiar Astrofísica por un deseo desconocido de saber qué hay más allá de lo que nuestros ojos nos permiten ver. Su madre tenía la certeza, aunque no manifiesta para no herir sensibilidades, que en el fondo, su hijo no había querido estudiar Derecho porque su padre decía que su primogénito sería abogado como él. Era una forma de rebelarse contra algo que sentía como una imposición disimulada.

Sin embargo, cuando dijo lo que finalmente terminó estudiando, Melchor no demostró tener ninguna contrariedad. Lo tomó como algo natural. Y esta actitud generó en Fernando una decepción. Esperaba que su padre reaccionara en contra, así él podría descargar un discurso que tenía ensayado y respuestas aplastantes, elaboradas con argumentos de psicólogos YouTube, de que se despachan a gusto sobre la tiranía que ejercen los padres frustrados sobre sus hijos.

Y la decepción se fue encaminando hacia una vedada confrontación. Empezó a encontrar pruebas que demostraban que Carolina era la preferida de su padre. Que Gonzalo, por ser menor y muy hábil en el manejo de una retórica de manipulación, gozaba de favoritismos y demostraciones afectivas que él no tenía. A su madre no la incluía en estos problemas. La dejaba aparte. Su problema era con la figura paterna.

Melchor parecía no enterarse de nada y seguía con su trato habitual. “O intuye todo y se hace el tonto”, pensaba. “Cada día tengo más dudas si es un zorro o un infradotado que tuvo más suerte que otros normales”. Cuando empezó a darse cuenta que estaba a un paso corto de odiar a su padre, algo que le pareció desmesurado, decidió recurrir a su madre.

Susana lo escuchó con mucha atención. Dejó que hablara todo el tiempo que deseara hasta que quedó silencioso, no sabiendo más nada que decir. Se miraron un rato en silencio y ella estalló en risas. Fernando quedó descolocado y al parecer, esto la hacía reír más. Duraría varios minutos este cuadro insólito de una mujer riendo como loca y un muchachito mirando para todos lados, sin saber qué hacer ni decir. Para colmo, estaban sentados en la elegante terraza de un bar de la Diagonal.

Finalmente, su madre le sugirió que fuera a ver a una psicóloga de

prestigio en la ciudad de Granollers. Habían sido compañeras en Madrid. Fernando lo aceptó sin reticencias a pesar que la idea no lo subyugaba. Sería una vez por semana. En las primeras sesiones no hizo más que hablar de la actitud de loca que había tenido su madre el día de la risa compulsiva. La psicóloga se limitaba a escucharlo y a tomar nota. Hasta que Fernando, de malas maneras, le exigió que le diera alguna explicación y no se limitara a mirarlo “con ojos de vaca degollada”. Al oír esto, la terapeuta se había puesto de pie y también de malas maneras le contestó: “¿Y qué coño puedo saber si yo no estaba con vosotros? ¡Pregúntaselo a ella!, ¿vale?”.

Asistió a terapia casi seis meses. Tuvo que abandonar porque debía trasladarse a Canarias para iniciar sus estudios universitarios. Lo que sacó de positivo de estas sesiones fue que su padre no tenía preferencias entre sus hijos. No había podido presentar ninguna prueba concreta que lo incriminara. Y habían quedado al descubierto varias conclusiones que había ido elaborando y no eran más que síntomas de celos y actitudes egocéntricas. Otras sugerencias fueron que leyera libros de lo que prefiriera. Además de lo que le exigiera su carrera, que incursionara en el hábito de la lectura. “Que además de favorecerte en muchos sentidos, pueden despertarte aptitudes para escribir”.

Y a medida que se fueron disipando los nubarrones de las elementales tormentas de la adolescencia y el distanciamiento inevitable con su familia, fue viendo las cosas de otra manera. Muchas de sus convicciones se afirmaron, otras cambiaron y de a poco, nuevas se fueron incorporando.

El hábito por la lectura que había tenido desde la infancia se vio potenciado. Y en momentos de emoción inexplicables, que podían provenir de la nostalgia, la empatía, arrepentimientos o actos de plena satisfacción, sintiendo la necesidad de hallar caminos de expresión, apareció la escritura.

*“Nosotros, los inteligentes, los infalibles, los que hemos superado el techo que limita a las generaciones a elevarse. Nosotros, los abanderados de las finanzas para enaltecer el progreso, los que a los morados corazones los pintamos de un agradable rojo y universalizamos el Black Friday, Santa Klaus y los videogames, para que nuestros obreros trabajen mientras sus niños se divierten. Y que los pueblos consuman lo que los premios nóveles inventan apenas parten de Estocolmo y de Oslo a nuestros laboratorios. Nosotros, los inconformistas con los capitales conseguidos,*

*siempre iremos por más y nuestros hijos, formados en la idea  
de conservar los patrimonios, ahora han inventado corazones azules  
en los emoticonos de sus poderosos teléfonos smart  
y así es que el amor planetario se expande en las comunicaciones.  
Nosotros, los capitanes de la industria, bregamos por la paz  
y no nos tiemblan las manos ni la voz se nos quiebra en las arengas,  
cuando hay que combatir a los agitadores que protestan  
sin fundamento ni razón, nuestros procedimientos mercantiles.  
Nosotros, en nombre de Internet, la Navidad, la conquista espacial,  
Mickey Mouse, la OTAN y Silicon Valley os amamos,  
os bendecimos y esperamos bendiciones de vosotros.”*

Habían pasado tres años, pero todos los hechos de ese día habían quedado grabados a fuego en la memoria de Mary y Fernando.

Sentados en la hierba, después de ver desaparecer al misterioso Toyota Yaris, quedaron en silencio. Y cuando iban a retomar la charla, prosiguieron en silencio al ver venir caminando hacia ellos a un hombre alto y delgado, cojeando de una pierna.

Fernando pestañeó varias veces en un intento por aclarar más la vista. Pero su visión estaba perfecta. Durante unos segundos le costó reconocer a esa figura. “Es Hernández” dijo en voz alta. “¿Lo conoces?” preguntó Mary. “Es un vagabundo que se me acercó hoy, en el río”.

Pero no pudo seguir dando explicaciones. Hernández se detuvo a siete u ocho metros y alzó con la mano izquierda la parte derecha de la holgada chaqueta. Y con la mano derecha extrajo una pistola. Luego se sabría que era una poderosa *Beretta 92*, la misma arma corta que utiliza el ejército. La pareja no tuvo tiempo ni para sentirse atemorizada. Era un hecho con tanto de sorpresivo como de inaudito.

“¿Qué pasa, Hernández?” había preguntado Fernando y el vagabundo no demoró la respuesta. “Me han encargado matarlos” y apuntando hacia ellos desde donde se había detenido, disparó. Ambos intentaron ponerse de pie para tratar de huir pero el atacante dijo: “¡Quédense donde están!” y volvió a disparar. Era raro que desde tan corta distancia no hubiera dado en el blanco con alguno de los dos proyectiles. Encima un sicario profesional.

Mary se había abrazado a Fernando, gimiendo, sin siquiera llorar. Temblaba. Hernández se acercó dos pasos y ordenó: “¡Háganse los muertos! ¡tumbados, coño!” y volvió a disparar.

Con la visión dificultada por la hierba, Fernando vio como apareció el Toyota, viniendo marcha atrás y a gran velocidad. Se detuvo a espaldas de Hernández. Entonces el vagabundo giró y comenzó a disparar al coche. Volaron los cristales, estallando, y se vio que había dos ocupantes. El acompañante había sido herido. Gritaba de dolor y se retorció. El conductor descendió arma en mano, disparando a repetición a Hernández. Era Adrián, el rumano escolta de Cinthya. “El herido será Plenko”, pensó Fernando.

El vagabundo se había desplomado y Adrián trató de acercarse. Pero avanzó poco trecho. Hernández se irguió apenas y le efectuó tres disparos. Le dio con los tres; dos en las piernas y uno en el hombro. Y mientras se incorporaba uno se desplomaba el otro. Y al mismo tiempo llegaban muchos coches policiales haciendo ulular las sirenas, deteniéndose atravesados para cortar las salidas y formando un abanico.

“Nada contra ustedes” aprovechó para decir Hernández. “Acepté hacer esto porque vi la oportunidad de empuñar una buena pistola y darles su merecido a estos asesinos... que mataron a mi hijo Mariano... Pintura le decían... porque descubrió que al hotelero Wilson lo envenenó su mujer, la hija del narco Heilderberg...”

Y no pudo decir nada más. Se había levantado del suelo sin el arma y estuvo todo el tiempo con las manos en alto, hasta que varios agentes después de esposarlo se lo llevaron.

Cuando llegaron las ambulancias también llegó hasta Mary y Fernando, que permanecían sentados en la hierba, el teniente Jack Quiroga. Todo era ridículo en él. El pequeño sombrero con las alas hacia arriba, la camisa hawaiana y los zapatos puntiagudos con partes blancas y marrones.

Cuando lograron convencerlo de que estaban bien y no era necesario que fueran trasladados en ambulancias, los condujo hacia su coche particular y partieron a la comisaría a prestar declaraciones. Antes de llegar a la jefatura les informó que los dos sicarios estaban heridos sin gravedad. Fernando pensó que esa era la estrategia del vagabundo Hernández; herirlos sin matarlos, para que no bien los dieran de alta fueran a parar a la cárcel con una gran condena.

Al día siguiente, cuando tuvieron que volver a declarar, Quiroga les informó que los dos delincuentes habían confesado su culpabilidad en el asesinato de Pintura y que habían adquirido los dos envases de anticongelante en Denver. Todo por encargo de su jefa. También que Cinthya Heilderberg estaba detenida e incomunicada.

En un descanso de los trámites, Mary le había preguntado al teniente por qué los ocupantes del Toyota no habían huido cuando el vagabundo comenzó a disparar sobre ellos. “Total, si lo importante era que nos mataran a nosotros, en apariencias, Hernández lo había consumado”.

Quiroga admitió que también lo había pensado durante la noche anterior en que confesó haber dormido poco y mal. “Creo que una vez cometidos los asesinatos de ustedes dos, obviamente, la idea era que no quedaran testigos, en este caso, Hernández. El coche había sido robado la

noche anterior en Fort Lauderdale por lo que, una vez terminado el trámite, asesinarían a Hernández y, se me ocurre, podrían haber incendiado el vehículo con el cuerpo adentro y así borrar toda huella”.

La otra pregunta era por qué se habrían desplazado hasta Colorado para comprar el anticongelante. Interrogante que horas después se lo aclarara Javier Labrador sin que se lo preguntara. “Creo que mi última intervención de negocios con tu padre fue en la compra de ese hotel en Aspen. Una muy buena inversión porque está en la zona donde hay turismo de verano, que se va incrementando cada año”.

Una vez desocupados de los trámites, Mary prefirió ir a su casa. Al igual que el día que ocurrió este suceso, tenía un coche patrulla en la puerta de su edificio y un policía en su planta. Fernando la invitó a comer, tomar un café o lo que quisiera, pero ella rehusó a todo. Prefería estar sola, al menos ese día y descansar. Acordaron en que se comunicarían a la mañana siguiente. Pero no resultó así. Fernando esperó que lo llamara, pero fue en vano. A la una, y temiendo importunar, la llamó. Nadie contestó el teléfono. A media tarde lo volvió a intentar y fue informado por una voz grabada que ese aparato estaba apagado o fuera de cobertura.

Al día siguiente, primero llamó a Javier Labrador por si sabía algo de ella. El abogado dijo que había pasado por sus oficinas para firmarle un poder sobre la conducción y trámites sucesorios de la empresa y se había marchado. “No estuvo más de diez minutos”. Al preguntarle dónde podía ubicarla, por cualquier necesidad que se produjera “me dijo que sería ella quien se comunicaría”.

Jack Quiroga, después de dos minutos de averiguación, le aseguró que ya no había personal policial custodiando su domicilio. “¿Y por qué hacen esto?” preguntó Fernando. “No estoy seguro, pero lo más probable en estos casos es porque la persona a custodiar ya no está en ese domicilio”.

Y así comenzó lo que para los dos se convirtió en un calvario, una obsesión. Un hecho traumático en el que habían estado en riesgo sus vidas. Y un mutuo flechazo de amor como jamás les había ocurrido. Solo podían aferrarse a la debilidad de la esperanza, que es como esperar milagros. Y la idea escondida, recóndita, que un milagro se produzca se vuelve un anestésico, un bálsamo, un diminuto consuelo. Lo demás es dolor.

Apenas ingresado al bachillerato, Fernando se había enamorado de Ludovica de Cabrera. Pero como pasaba el tiempo y ella no daba muestras de tener interés en él, decidió no hacerle más insinuaciones con frases bonitas ni regalarle chuches. “¿Qué crees, niñato? ¿Que todavía sigo siendo una niña pequeña?” dijo, pero la hija de puta igual se guardó los bombones en la mochila.

A mitad del ciclo, empezó a salir con “La reina de Pedralbes”. A Nuria Prim Kellermann se le metió el capricho de salir y acostarse con él, y no demoró en hacérselo saber. Recuperado de la sorpresa, Fernando propuso que fueran al cine. “Otro día” había dicho ella para agregar sin demora “quiero que vengas a mi casa”. Y su propuesta se concretó.

Terminada la clase, esperaron pocos minutos y apareció un Mercedes azul oscuro. Al detenerse, el chofer amagó a bajar pero ella lo detuvo con un gesto. Ascendieron y después de quince minutos de trayecto y traspasar el portón corredizo de un alto muro sobre la avenida Pearson, descendieron en un parque con senderos de adoquines.

Dentro de un ala de la alargada construcción, dejaron las mochilas y se sentaron en un sofá curvo para rincones. Ella encendió un televisor de pantalla gigantesca y buscó con el mando. Se detuvo en una película pornográfica donde varios japoneses de ambos sexos no paraban de hacer penetraciones y mamadas. “¡Amo a los orientales!” exclamó “la reina” y se tocó los pechos.

Preguntó a Fernando si quería algo de beber y salió hacia otra estancia interior. Él siguió con los japoneses libertinos. Mirar hacia afuera resultaba aburrido y además, a la mirada hay que posarla en algún puto lugar “¡joder!”

Nuria volvió en bragas, si es que esas finas tiras merecían ese nombre, y en sujetador. Su cuerpo de tía buena aparentaba más de los diecisiete que tenía. “¿Te gustan?” preguntó señalando dos cuadros puestos en una pared lateral “Son Cabellut. ¡Ni quieras saber los miles que valen!”

Hicieron el amor en un incómodo chester, demasiado corto para sus estaturas. Fernando pensó que hubiera preferido hacerlo sobre el rinconero en que se ubicaron al principio. O sobre la alfombra al pie del sofá, que parecía ser la piel lanuda de un perro *Bobtail* ¡qué más daba!” o un puto *Pastor*

*Inglés.* “¡Pero follar con un poco de comodidad, hombre!”

El segundo polvo lo elaboraron concienzudamente en una cama grande y decente. Caminando por los vericuetos de la casa, él vio que había varias habitaciones provistas de una o dos camas. Maldijo entre dientes a esa loca caprichosa y sus antojos, pero el hecho ya estaba consumado.

Con el tiempo descubrió que ella no era la arrogante rompecorazones que aparentaba ser. Nuria era una chica triste, hija de una familia de multimillonarios en constante ausencia, que negociaban con siniestros petroleros de los desiertos. Solo una chica solitaria que había montado un personaje para no ser carne de suicidio. Nunca había existido ese certamen de belleza que decía haber ganado, coronándola como “La reina de Pedralbes”.

Ese primer encuentro dio lugar a una llamada telefónica de Melchor desde la Riviera Francesa, mientras estaban bebiendo unas perniciosas latas de Red Bull. Su madre había llamado, preocupada por la tardanza, y él ni había oído el teléfono. La causa podía haber sido los altisonantes gemidos de “La Reina”, sus sonoros suspiros acoplados, los ayes de los japoneses de la película o “¡yo qué sé!”, el síndrome de encierro y dolores que le ocasionaban a sus piernas las limitaciones del puto chester. El caso fue que el padre de Fernando, con un adivinado tono de severidad pero sin perder la compostura, le pidió que llamara de inmediato a su madre para tranquilizarla.

Esta relación sin horizonte pero de absoluta sinceridad entre ellos, siguió por el restante año y medio de bachillerato. Para las vacaciones de verano, pasaron juntos todo el mes de julio por playas de Málaga y Cadaqués. Entre follar o tomar sol, los dos coincidían en la misma opción. Sentían que se querían cada día más, pero eran conscientes que no se enamorarían jamás.

El mes de agosto ella viajó con su madre a Estados Unidos. Fernando optó por andar los primeros quince días por Euskadi. En San Sebastián tuvo algunas novias, todas turistas extranjeras, por una o dos noches. A su vuelta a Barcelona y hasta el comienzo de las clases, pasó los días en su habitación mirando el techo y escuchando la música que por pedido suyo, le había recomendado su madre. Nada de lo que se escuchaba en ese momento le agradaba, salvo Amy Wainhouse.

“Oye, mamá ¡qué eras bien rara tú, cuando joven!”. Su madre había sonreído. “¿Eso crees?”. Fernando le contó que había estado viendo muchos videos de sus artistas recomendados. “¡Ah, por eso rara! Y bien, ¿qué?”. Estaban todos cenando. Sus hermanos y su padre presenciaban el diálogo como si estuvieran viendo una película de esas en la que si se pierde una frase

o un par de palabras, ya no se pilla más el hilo del asunto. “La verdad, a medida que voy escuchando me va gustando cada vez más. Es una pena que tantas cosas de calidad vayan siendo desplazadas por los manejos que hacen de las modas”.

Dicho esto, había abandonado la mesa rumbo a su cuarto. Recostado, boca arriba, se negaba a diversificar los pensamientos. No quería pensar en nada. La adolescencia era una etapa que hacía honor a la etimología de su denominación. No le interesaban las drogas y apenas el alcohol. Por eso ahora buscaba un equilibrio existencial con esta música desconocida. “¡Vaya! ¡qué manera extraña de conocer un poco más a mi madre!”.

Mientras sonreía, *The Cure* antes y ahora *Siouxsie and the Banshees*, flotaban y se expandían invisibles y presentes, inundando todos los rincones.

Apenas salió Mary de las oficinas de los abogados, cogió un taxi rumbo al aeropuerto. Llevaba como todo equipaje una maleta de poca dimensión y un bolso de mano. A medianoche había tomado la decisión de abandonar Miami. Y varias otras decisiones que guardaban relación con el nudo central de su determinación. Nadie sabría su paradero. Había cerrado todas sus cuentas y dado de baja sus servicios.

Su vida corría peligro. Cinthya estaba detenida y acusada de cargos graves, pero era casi seguro que habría una organización criminal propia, contratada o solidaria que podía dar cuenta de quienes le habían arruinado sus planes. Su padre estaba encarcelado, pero todo el mundo sabe que muchos jefes mafiosos siguen digitando sus organizaciones desde adentro.

Cinthya se había hecho con una fortuna millonaria, casándose y asesinando a su padre. Había mandado a matar al detective que la investigaba. Y hacía dos días había ordenado liquidar a Fernando por haberla despechado. Y puede que también en venganza por no haber podido estafar a su padre, que apenas asociado, fue alertado a tiempo por los abogados murcianos, que una vez muerto Peter, se había encargado de despedir. Y de paso, matar a Mary era el colofón de su plan, eliminando a la única heredera legal, que aunque desplazada, daba más tranquilidad tenerla muerta.

Seguro que en su mente maquiavélica se le habría cruzado también, en un futuro no lejano, ordenar la muerte de Javier Labrador. “Este energúmeno sabe mucho de esta empresa”, se le había escapado decir hacía algunas semanas. También había llegado a planificar que al sicario Hernández, una vez hecho el encargo, lo mataran para evitar testigos.

El billete hasta Bismarck lo pagó casi ochocientos dólares. Le quedaba como todo capital poco más de cuatro mil dólares. Una vez que bajara del avión, tomaría un bus hacia Tioga. Y ahí vería cómo empezar una nueva etapa. No había otra posibilidad que entregarse a la aventura. No sentía miedo por haberse largado. Quedarse hubiera sido una imprudencia; al menos, eso era lo que pensaba. Y uno de sus mayores sufrimientos, entre muchos, era perder a Fernando.

Todo esto recordaba en un santiamén. Sentada cerca de la puerta del

balcón, mirando el apogeo de arreboles que regalaba ese atardecer otoñal, hizo un ligero repaso de una parte de su pasado. Recién se había marchado Víctor. Había venido para confirmarle los días en que podía entrevistarse con el comandante Hillcoat. “Estas son las fechas de este mes que estará disponible en Miami. Si te interesa, reservas el billete y me avisas, porque quiero que me concedas el placer de llevarte al aeropuerto de Bismarck, ¿vale?... y no te niegues, por el amor de Dios”.

Se trataba de la posibilidad de trabajar en las tripulaciones de American Airlines. Se trataba de la posibilidad de volver a Miami. Llevaba dos años de residencia en Tioga. Tenía un buen trabajo, buenos compañeros y bastantes amigos. Diariamente visitaba a la tía Brenda y ambas eran felices con solo verse unos momentos. El tío Matt había muerto hacía un año. Los dos ancianos se habían vuelto como sus padres desde su llegada y ella los dejaba proceder. Porque sus desvelos y preocupaciones, consejos, surgían desde el amor histórico que se habían profesado todos los Wilson desde siempre.

Pero ahora aparecía esta posibilidad de volver a la ciudad donde había crecido y formado, donde estaban todas sus vivencias y recuerdos y había tenido que abandonar contrariando su voluntad, a causa de una serie de sucesos desgraciados. Víctor estaba detrás de este ofrecimiento y eso mostraba su generosidad y espíritu de sacrificio. Mary no tenía dudas que él la amaba y esto operaba en contra de sus intereses, de esa esperanza que tiene todo enamorado que algún día se reviertan las cosas y un milagro permita que se concrete lo que anhela. Pero su hombría de bien lo conminaba a que socorriera a una persona triste. “¡Qué difícil es encontrar personas abnegadas y desinteresadas como este tío, ¡Dios!” pensó conmovida. “Pero mola mogollón saber que existen... ¡y con mucha suerte te puedes topar con alguno de ellos”.

La señora Letizia Stevenson escuchó en silencio y con mucha atención la exposición de Mary. Cuando esta finalizó, dijo que pasaría el informe a la dirección general. Por su parte no tendría problema en aceptar el petitorio. Lo consideró razonable y haría constar su opinión.

Al día siguiente tuvo la respuesta. Pasadas dos horas de comenzada su faena diaria fue llamada a la dirección. Le concedían una licencia de tres meses sin goce de sueldo, con el compromiso que diez días laborables antes de cumplirse el plazo, comunicara su reincorporación o su renuncia. Si no se concretaba la posibilidad de ingresar en la compañía aérea, el puesto de trabajo actual seguía a su disposición.

Era miércoles. Trabajaría hasta el viernes y a partir del lunes siguiente comenzaría la cuenta regresiva del plazo otorgado. Esa misma tarde reservó un billete para el lunes. También reservó habitación en un albergue de Miami. Lloró media hora viendo el ocaso. Programaron para el sábado un viaje de fiesta con todos los amigos hacia Regina, antes que el final del otoño comenzara a helar la campiña canadiense. Y finalmente se duchó, se vistió con el mismo atuendo con que había llegado al pueblo dos años atrás y conservaba impecable, para finalmente bajar e irse a cenar con la tía Brenda.

La comida era Lutefisk con guarnición de patatas, guisantes y salsa blanca. A pesar de ser autóctona, Mary no recordaba esto. Después de probarlo y sentir que ese pescado no sabía a nada, comenzó a consumir los acompañantes. La tía pareció darse cuenta porque fue hasta la cocina y apareció con dos hamburguesas. Mary cogió una y después del primer mordisco, exclamó: “¡Tía, mejor que las de Mc!”. Brenda, sin inmutarse dijo en voz baja “Siempre lo supe, cariño”.

La música de Lynn Anderson era una constante en el ambiente. Con ánimo de broma, Mary dijo a la anciana: “¡Oye tía! Entiendo que seas localista, pero ¿no has probado escuchar también otra música?”. Brenda permaneció un momento en silencio hasta que dijo en voz muy baja: “Yo escucho de todo pero nada me convence”. Mary replicó: “Ahora hay buena música también, incluso de artistas de esta zona; pero si tú no los conoces...”. La tía ostentaba una perfecta parsimonia. “A ver niña, ¿a quién no conozco yo? Dime, ¿a quién de ahora?”. Mary empezó a sonreír. “¿Pero, qué dices? A ver, ¿sabes quién es Wiz Khalifa?”. Ahora era la tía quien comenzó a reír. “¿Hablas de ese morenito que tiene un video casi porno? No, *baby*, con esa voz pequeña no puede convencerme”. Mary trató de calmar su asombro pensando que era una casual confusión, un chiste cuántico que de estar Fernando, tal vez podría explicarlo desde la astrofísica, si nuclear, mejor. “¡Hala! ¿qué otro tienes, muchacha? ¡venga!”. Mary tomó aire y se dispuso a pulverizar el andamiaje de cartón del puto azar. “¿Sabes quién es Jonny Lang?”. La risa de Brenda se hizo sombría. La de Mary también porque estaba segura de haber echado por tierra al fenómeno de la casualidad. “Mira, este muchacho es muy alabado por su “voz de viejo”, como dicen, y en verdad creo que al blues no lo hace mal. Pero aún así no me parece tan genio como dicen. Eso sí; toca muy bien la guitarra”.

Mary estaba demudada de asombro. Jamás hubiera pensado que Brenda estuviera tan actualizada de los tiempos que corrían en temas tan

mundanos y generacionales. La tía había dicho que teniendo radio nadie podía dejar de estar actualizado. Ni la televisión ni Internet, según ella, habían podido desplazar a ese aparato que despedía voces y sonidos. Y al resto de la escena se lo dejaba servido a la imaginación de cada oyente.

Cuando Mary se despidió, Brenda dijo que estaba demás decir que la iba a extrañar pero se reconfortaba pensando que le iría bien. Que la vida era un constante “presentarse y despedirse”. Cada una vio que a la otra se le escapaban algunas lágrimas. Por cuatro días más se verían en algún momento de cada jornada. Después, volverían a hacerlo en tres meses o no sabían cuándo, pero Mary tenía el firme propósito que aunque más no fuera una vez al año, retornaría al pueblo donde había nacido. Y había vuelto a renacer.

Ahora estaban parados frente al mar. La playa estaba prácticamente desierta y silenciosa. Era un atardecer lento, como si la creación se hubiera propuesto mostrarles por más tiempo la belleza de toda puesta de sol. Esta ceremonia ocurría a un costado, casi a sus espaldas, pero el mar, que todo lo refleja, devolvía como un aura esa luz color de llamas, contrastando con la oscuridad que se avecinaba con pasos implacables.

Comenzaron a besarse, separando las bocas solo para mirarse y recomenzar el contacto, manteniendo una dulzura que parecía inagotable. Las pausas para verse eran como para reconocer que lo que les estaba pasando era verdad, que esto no era un sueño, estaban en este mundo.

Después de unos minutos se tumbaron en la arena. A cierta distancia como para observarse pero lo suficientemente cercanos como para mantener el contacto. No importaba que estuvieran vestidos con ropa de calle. Importaba el momento.

—¿Algunas veces pensabas en mí estando en Dakota? —preguntó Fernando.

—¿Pero qué dices? ¡Todos los días! Varias veces al día. No saber de ti me ponía tan triste que todos los que me trataban se daban cuenta que algo raro me pasaba.

—¿Y tú qué decías?

—Cuando llegué a tener confianza, a algunos les dije la verdad. Y a la mayoría no precisaba aclararles nada; mi actitud y mi cara hablaban por mí. ¿Y tú qué?

—¡Por Dios, Mary! Lo sabes. En estos tres últimos años he vivido momentos en que creía que podía llegar a enloquecer. Ya me veía en Sant Boi.

—¿Qué es eso?

—Un psiquiátrico. Perdona, es una expresión popular catalana.

—Ah, comprendo.

—Sí, la verdad es que cambió mi carácter, mis hábitos, mi forma de vivir, no sé, de pensar; cambió mi vida. Mi fijación mas reiterada era que había conocido a la mujer de mi vida y la había perdido. Que se me había escapado la oportunidad de ser feliz. Y no hallaba consuelo.

—Te entiendo como nadie. Yo sufrí lo mismo. Lo que sigo sin entender aunque en el fondo prefiero no saberlo, es cómo pudimos enamorarnos tanto con solo vernos unos instantes; sin conocernos.

—Leí una vez una teoría de los hinduistas; que ellos, siendo creyentes de la reencarnación, dan por válida. Y es que cuando dos personas se ven y sin conocerse sienten atracción o rechazo, es porque fueron amigos o enemigos en vidas anteriores.

—Pero no se recuerdan, ¿verdad?

—No. Solo sienten un reflejo emocional en sus instintos.

—Suenan bonito como leyenda o algo por el estilo. Porque en tal caso sería como que en otra vida nos hemos amado. Por eso al volvernos a ver...

—Nos hemos puesto como locos —completó Fernando.

—*¡Yes, sure my love!* Pero sabes qué, cariño... no soy creyente.

—Yo tampoco lo soy. Eso sí, me gustan las ceremonias.

—¡Pero qué coincidencia! ¡A mí también!

—¡No me digas! Mira, desde niño es que me encanta ir a misa. A mi padre eso siempre le agradó porque él conserva una parte cultural en la que el catolicismo es fundamental e inamovible. Y yo no objeto eso aunque piense distinto, porque veo que lo hace feliz, le da paz y creo que, al tomarse en serio los preceptos cristianos, desde pequeño se formó como una persona honesta. Pero estábamos hablando de las ceremonias, perdona amor mío que me salí del tema.

—No pasa nada. Mientras te oía estaba pensando en que nosotros podríamos hacer una ceremonia. —Mary dijo esto como hablando consigo misma.

—¿Sí? ¿eso crees?

—Totalmente.

—Bueno, pero... ¿cuándo, dónde?

—Aquí y ahora.

Hasta que un mediodía, harto de tanta tristeza, decidió viajar a Miami. ¿A qué? ¿Para qué? Fernando no estaba en condiciones de responder ningún interrogante porque ni él mismo lo sabía. Trató de responderse alegando que necesitaba material para seguir con la novela que estaba escribiendo. Que con ese viaje intentaría morigerar el bajón anímico que lo venía aquejando. Que le agradaba esa ciudad. “No lo sé” se dijo. “Pueden ser mil cosas. O solo una. O ninguna”.

Era un día magnífico en Barcelona. Volvía algo cansado de hacer trámites relacionados con el único trabajo que hacía y era su sostén económico. Se ocupaba de administrar cuatro edificios, propiedad de su padre, alquilados para viviendas y oficinas. Una inmobiliaria cobraba los alquileres y los traspasaba a una cuenta a su nombre. De esa cifra, pagaba los impuestos, deducía los gastos de mantenimiento, sacaba su sueldo y a lo quedaba, lo giraba a una cuenta de su padre. Percibía mil quinientos euros mensuales y ocupaba el ático de uno de esos bloques.

Como tenía muy pocos gastos porque no salía ni compraba nada más que lo indispensable, había acumulado dinero en su cuenta. Esto también fue algo que lo impulsó a hacer el viaje. De no haber sido así, no se le hubiera ocurrido realizarlo porque no quería pedir préstamos y endeudarse. Mucho menos recibir dádivas de parte de sus padres.

Estaba triste. Acongojado. Se había distanciado de sus amistades. No recibía ni efectuaba visitas, salvo una o dos veces por semana a la casa paterna. Caminaba diez minutos y llegaba después del horario de la cena, más que nada para pasar un par de horas conversando con sus hermanos, algo con su madre y también con su padre; cuando estaba.

En todo ese tiempo, había recibido contadísimas llamadas. Tres, con la frecuencia de una por año, habían sido de Nuria, la ex compañera del bachillerato. Sí, “La reina de Pedralbes” lo llamaba. La primera vez, para saber algo de su vida y confesarle que tenía problemas anímicos. Al preguntarle Fernando si se medicaba, pareció animarse y soltando una carcajada, contestó: “¡Claro, con *Valium* y *Absenta!*”. La segunda fue para saludarlo y contarle que había intentado suicidarse, sin especificar cómo. La

última, para decirle que estaba muy contenta porque había bajado ocho kilos de peso y con otro tanto ya estaría en su nivel. Que había dejado el alcohol y “¡Ojalá pueda hacer lo mismo con el tabaco!”

Tres días después que tomara la decisión, se lo dijo a su madre como al pasar, hablando por teléfono. Una hora después de cortar la comunicación, Susana volvió a hablar con su hijo. Era para decirle que le había hecho una reserva en el Marriot de siempre. Que era un regalo que le hacía. Que no lo rechazara. Que podía quedarse el tiempo que quisiese porque era una reserva abierta descontada a diario de su cuenta. Que pasara a saludar antes de irse. Que si avisaba con tiempo ella personalmente prepararía la cena. Que eligiera entre un arroz sevillano con mariscos o el fricandó con setas. Que lo amaba.

Mientras cenaban, Melchor dijo a Fernando que hacía bien en viajar. “Llevas demasiado tiempo sin ir a ninguna parte, hijo. Y eso no es bueno para una persona joven. Creo que ni te has tomado vacaciones últimamente, ¿verdad?”. Fernando asintió sin palabras. “¿Cuánto hace que no sales tú?” insistió Melchor. “Tres años” fue la lacónica respuesta. “¿Y a qué se debe, si se puede saber?”.

Fernando estaba asombrado de sí mismo. No solo no le resultaba incómodo el interrogatorio de su padre sino hasta le daba cierto placer. Era agradable oír ese cortante acento castellano madrileño. Había mucha hidalguía y sinceridad en sus palabras. Le oía en la entonación una inocencia conmovedora, como nunca antes, un poco cuando niño, quizás.

Él había sido injusto con ese hombre justo. Y nunca había encontrado una explicación cabal para comprender su huraña actitud. Puede que algún día pidiera ayuda profesional para averiguarlo. De pronto, se estaba dando cuenta que su padre había ido envejeciendo lentamente, pero seguía intacto en sus procedimientos. En cambio él, parecía haber crecido de golpe sin tiempo para madurar al mismo ritmo que su estatura.

“¿Y a qué se debe, si se puede saber?”, había quedado flotando en el aire la frase proveniente de una curiosidad que encerraba preocupación. “Estoy escribiendo una novela” fue la demorada contestación. Y era verdad. “¡Qué bien!” dijo Melchor “¡Ojalá no sea muy triste!”.

La despedida fue bonita. Sus padres y sus dos hermanos menores se pusieron en fila para saludarlo. Lo abrazaron y besaron como si partiera hacia la guerra. El toque insólito lo daba el hecho de que ellos eran una familia acostumbrada a las continuas despedidas. “¿O es una impresión mía a causa de tanto encierro?” pensó mientras caminaba sin prisa hasta su piso.

Como no tenía sueño, apenas llegó se puso a preparar la maleta. Al día siguiente por la tarde saldría para el aeropuerto de El Prat. Esa noche soñó que andaba a la madrugada corriendo por las calles nevadas de Miami, con un libro en la mano y el brazo elevado, gritando a voz de cuello: “¡Mary, Mary Wilson! ¿dónde estás? ¿dónde estás, amor mío?”. Y despertó sobresaltado, gritando lo mismo que en el sueño.

Al día siguiente tomaría un vuelo nocturno de American Airlines. Y como todo tiene fecha de caducidad, hasta el sufrimiento, puede que alguna fuerza oculta que ignoramos, dispusiera ponerle fin a una angustia que llevaba tres años. Y así iniciar una etapa de dicha. Amen.

“Con Víctor Brandsen nos conocimos apenas desembarcamos en Basora. Estuvimos cuatro días y seguimos hacia el norte. Nos enfrentamos con una resistencia fuerte, pero nuestra tecnología era superior y eso hacía que tuviéramos precisión. Que evitáramos pérdidas de vidas innecesarias. Yo comandaba un helicóptero Sikorsky. Éramos... a ver... siete, sí, siete efectivos a bordo. Una vez que cruzamos el Éufrates descendimos. La estrategia era avanzar hacia Nasiriya barriendo la zona, para evitar que comandos aislados nos pudieran sorprender atacándonos por la retaguardia. Ya nos había pasado en los suburbios de Basora. A la entrada de un pueblo pequeño que parecía inofensivo, nos sorprendieron con una balacera. Nos refugiamos detrás de un camión y les respondimos. Me comuniqué con el comando central y me tranquilizaron diciendo que en tres o cuatro minutos iban a llegar unos Apaches para acabar con el problema. Usted sabrá que estos aparatos lanzan misiles y ametrallan... son unas máquinas de muerte. Nos pusimos como locos porque escuchábamos llorar a un niño en la línea de fuego y los apaches llegarían en dos minutos. Cuando pude asomarme, la vi. Era una niña de unos cuatro años. Lloraba y estaba expuesta. No buscaba refugio. Máximo Rodríguez empezó a grabar con el móvil. Dicen que está todo en YouTube, pero no tengo aguante para ver nada de eso. Yo no sabía qué hacer. Estaba a punto de ponerme a llorar como la niña. Víctor nos pidió que no dejáramos de disparar para cubrirlo y sin esperar el okay salió a la carrera, agazapado, al descubierto. Tim y Wonder disparaban ráfagas combinándose para que no se cortara el fuego. Y yo también me sumé. En pocos segundos apareció Víctor como una tromba y al llegar trastabilló. Pero antes de tocar el suelo arqueó el cuerpo y cayó de costado, para finalmente quedar boca arriba detrás del parapeto, ya a salvo de las balas. Tenía a la niña apretada con sus brazos sobre el pecho, como una madre que recién ha parido y le ofrecen el hijo que recién ve la luz. ¿Nunca le contó nada de esto?”

Mary contestó que no. Dijo que lo había conocido prácticamente al llegar a Tioga, pero de sus dos años de residencia, cuando más lo había tratado era en el último.

El comandante Scott Hillcoat la había recibido en oficinas de

American Airlines. Si aprobaba satisfactoriamente todas las pruebas y tests que exigía la empresa, el tramitaría su ingreso como azafata de inmediato.

Al abandonar el lugar, se fue pensando en todo lo que tenía que hacer. Había recuperado su antiguo apartamento. Después de llamar a Javier Labrador, había concertado una entrevista para el día siguiente, a los efectos de tramitar la sucesión de bienes de su padre como herencia. También fijar a la consultora en el rol de asesoría que había desempeñado desde siempre, en vida de su padre.

En su ausencia, un patronato estatal había intervenido la empresa con fines administrativos a la espera de los fallos judiciales. Su ausencia había demorado las expediciones, pero ahora que se había hecho presente, las cosas cambiarían.

Llegada a su apartamento, llamó a Tioga. Primero a la tía Brenda para decirle que había llegado bien y que lo demás, resultase como fuere, siempre la mantendría de buen ánimo. Finalizando la conversación le anticipó que en una próxima llamada, le gustaría que le hablara sobre las tendencias actuales de la música y de ser posible, que le revelara cuál era el último grito de la moda. La tía, después de un breve silencio y como sugiriéndole que se quedara tranquila, solo dijo: “Tú, fuma”.

Llamó también a Dalmacia Teitelbaum. Le informó que estaba bien y a la espera. Envío por su intermedio saludos para todos los amigos. En todo grupo humano siempre hay un vocero y receptor. En este caso era Dalmacia. Hablar con ella era hacerlo con todos.

Tuvo intención de llamar a Víctor, pero muy pronto prefirió no hacerlo. Sería más adelante. En esos momentos, de llamarlo, podían ocurrirle dos cosas; permanecer muda sin saber qué decir, como mucho algunos monosílabos, o gritar que se postraba ante él, que si tenía que creer en Dios y agradecerle por propiciar el privilegio de conocerlo; creería, iría a misa y a confesarse. Que un país debería enorgullecerse de tener ciudadanos como él, exhibirlos y homenajearlos para ejemplo de las generaciones venideras, que...

Se durmió rendida por el cansancio de tanto trajín para tratar de recomponer la normalidad perdida. De no producirse esos hechos que alteraron su vida y se llevaron la de su padre, todo hubiera continuado sin alteraciones, con lógicos vaivenes pero sin tragedia.

Se durmió recordando la voz quebrada del comandante Hillcoat, refiriéndose a otro hecho dramático acontecido en esa guerra sin fin. “En las afueras de Bagdad tuve un accidente que hizo que tiempo después me enviaran

de regreso. Metí sin darme cuenta el pie en un pozo pequeño. El envión me tiró el cuerpo hacia adelante y como el pie no salió, el peso hizo que la tibia no resistiera y se quebrara. Los compañeros de pelotón llamaron pidiendo auxilio médico. La zona era de suelo escabroso, por lo tanto no podía llegar una ambulancia hasta el lugar. La artillería enemiga estaba bombardeando en abanico y pronto llegarían los proyectiles hasta ese lugar. Llegaron dos paramédicos, pero uno de ellos sufrió un desvanecimiento y los compañeros del pelotón, obligados a retirarse de inmediato, lo llevaron en la camilla por esa ladera intransitable. Víctor quedó conmigo. Debía venir un helicóptero a rescatarnos aunque fuera izándonos. Pero se demoraba y el fuego era cada vez más cercano. Me sostuvo la pierna con dos varillas de acrílico y la vendó con una cinta elástica para evitar el bamboleo. “¿Podrás caminar asido a mí?” preguntó. Contesté que lo intentaría. Pero a poco de dar cinco o seis pasos, pisé una piedra y nos desplomamos los dos. ¡Es que el cabrón no me soltaba! Puestos de pie y sin decirme nada, me cogió por los brazos, se agachó un poco y de un envión me cargó sobre su espalda. La ambulancia estaba detenida a unos quinientos metros. Hasta llegar tuvo tres o cuatro... o cinco caídas más, pero volvía a cargarme sin una queja. Le confieso que he llorado muchas veces; a solas, claro, recordando su respiración agitada, sus sonidos guturales que seguramente provocaba la dificultosa entrada de aire a sus pulmones que mi cuerpo aplastaba.

—¿Aquí y ahora? —La pregunta de Fernando tenía poco de asombro y mucho de entusiasmo.

—Sí.

—¿Y esta ceremonia será en honor a qué?

—A nosotros.

—¿A nosotros? Entonces a nuestro amor... ceremonia, a ver... ¿nuestra boda?

—¡Bingo! Claro, nos casaremos. ¿Estás de acuerdo en casarte conmigo?

—¡Sí, amor mío! ¡Es lo que más deseo! —dijo Fernando con visible entusiasmo.

—Ahora bien, vamos a organizarnos. ¿Quién hará el oficio?

—La luna, que de a poco se va elevando... ¡mira! en poco rato la tendremos de frente. Debemos mirarla con la intención que capte nuestro sentir. Y como posee una fuerza gravitacional sobre el planeta, nos devolverá en un mensaje impregnado de magia todo lo que debemos decir.

—Perfecto. Y dime, amor, ¿quiénes serán los testigos? —Mary quería tomar todos los recaudos.

—Yo propongo al mar. Pero falta otro... no sé...

—Yo propongo la brisa.

—¡Genial! Y el público asistente a este templo a cielo abierto pueden ser todas estas estrellas que están sobre nosotros.

—¡Sííí! ¡Todos los astros son nuestros invitados de lujo! —Mary parecía una niña feliz—. Comencemos comunicándole a la luna lo que queremos hacer.

—Bueno, ¡anda, dile!

Parados frente al plateado satélite terrestre, después de un prolongado silencio, la voz de Mary comenzó a sonar llena de paz, dulce y susurrante, que a Fernando no le quedaban dudas que esas palabras llegaban a la luna.

—Luna mía, luna nuestra, te envío mi sentir, todo lo que siente mi corazón para que me inspires las palabras que debo expresar en esta ceremonia. Gracias, amada luna.

Fernando también dijo sus palabras, pero ni él ni Mary las pudieron captar con memoria y razón como un discurso articulado. Solo las sintieron. Tal vez con el inconsciente o directamente con el alma. A punto tal que ambos lagrimearon. Y esto pareció ser una muestra de la nigromancia que iba adquiriendo la noche.

No pudieron calcular cuánto tiempo estuvieron callados o en éxtasis. Lo que había comenzado como una simple exteriorización del afán lúdico que todos llevamos guardados y con afanoso celo custodian los inhibidores, se había vuelto un culto iniciático elevado por un amor superlativo como el que se profesaban.

—Fernando, Fernando mío, mi único deseo desde que te conocí y espero que hasta siempre, es darte mi amor, hacértelo saber en todos los momentos de mi existencia, desearte todo el tiempo, compartir contigo todo lo que la vida me brinde a nivel mental y espiritual porque en lo material, lo único importante es mi cuerpo que es también tuyo y el tuyo que también lo siento mío. Así como también si la Creación lo permitiera, los cuerpos que entre tú y yo podamos procrear. Después de verte por primera vez, no puedo vivir sin ti. No sé vivir sin ti. No quiero vivir sin tenerte y que me tengas. Todo el tiempo que estuvimos sin vernos sentí que me estaba consumiendo, que en poco tiempo iba a desaparecer, desvanecerme para finalmente no ser nada. Olvidarme de respirar, irme secando por el llanto derramado, ver los colores que son la vida de la vida cada vez más opacos hasta que desaparecieran para mí. Y yo para ellos. Nuestro amor es una condena. Una dependencia. Una adicción. Pero me complace que así sea porque esa sublimación la tienen muy pocos elegidos para vivir la plenitud de los sentimientos. El tope de los goces. Hacer rayanas hasta las emociones mínimas. Nos encontramos porque el azar lo quiso o porque ya estaría dispuesto; no lo sé, no lo sabemos, porque en esta etapa los humanos estaremos vedados para conocer ciertos aspectos de la existencia que consideramos misteriosos. O porque todos los pasos de la Creación están a la vista y los desechamos como fundamentales por parecernos demasiado simples. Por no estar aún aptos para ver en lo elemental, los secretos que nunca fueron tales. Como el amor, que no lo podemos tocar y sin embargo, todo lo que tocamos es producido y depositario del amor universal. Amo a Fernando porque me amo, amo mi vida porque amo la vida. Y mi vida y la suya son una unicidad. Siento que somos un único ser, felizmente partido, condenado a la constante tarea de tratar de unirnos todo el tiempo.

Cuando Mary quedó en silencio, la luna parecía estar en el apogeo de su brillantez. El mar seguía calmo en el oleaje pero su canto era más sonoro. Hasta la brisa, con pocos pasos más se volvería viento.

—Mary, mi amor, siento que soy el ser más feliz del universo. Mary, amor mío, desde que te había perdido iba perdiendo la vida. Mary, vida mía, temía que este reencuentro fuera un sueño y no estoy seguro de que no lo sea, pero si esto es un sueño quiero morir soñando porque nada más bello puede haber que tenerte, aunque sea en un sueño. Mary, mi vida, si esto es real estaremos juntos para siempre, entonces para siempre mi vida será un sueño. Mary, te amo. La luna no me dicta más palabras. Me envía sensaciones y yo no puedo traducir las sensaciones más que diciendo que te amo. Te amo. Amor mío. Vida mía. Mi tesoro. Mi alegría. La que disipa con una mirada todos mis temores. La que aniquila con solo una sonrisa todas mis tristezas. Mary, me vuelves perfecto con una caricia, me purificas con un roce, me resucitas con un suspiro, me excitas con una mirada prolongada. ¡Oh, luna mía! ¡haz que me detenga! ¡ella sabe cuánto la amo! ¡ella...!

Fernando giró en dirección hacia ella y se desplomó, quedando arrodillado sobre la arena. Mary hizo lo mismo para situarse enfrentada. Se miraron un momento para luego elevar la vista hacia el cielo rutilante y luego al mar. Fue como para comprobar si todo estaba en orden luego de la ausencia del vuelo selenita de cada uno. Y todo estaba en orden.

—Fernando, yo, Mary Wilson Jones, quiero hacerte una pregunta, pero antes quiero que me jures y me digas por qué o quién, si vas a decirme la verdad y nada más que la verdad.

—Juro por mis tres últimos años de calvario y que si miento se repitan multiplicados, que diré la verdad y nada más que la verdad.

—De acuerdo, juramento válido. Tú, Fernando Martínez Brown, nacido en Madrid, España, de profesión Astrofísico, hijo de Melchor Martínez Sobremonte y de Susana Brown Freyre, ¿me aceptas por esposa hasta que el tiempo lo determine?

—Sí, amor mío, te acepto.

Al oír esto Mary comenzó a lagrimear. Hay cosas que se saben de antemano o se presienten sin espacio para las dudas, pero que oír las formalmente provocan emociones lógicas e inevitables.

—Mary, yo, Fernando Martínez Brown, quiero preguntarte algo y que hagas un juramento por qué o por quienes, para que digas la verdad y nada más que la verdad.

—Juro por la memoria de mi padre y mi madre fallecidos para que dejen de descansar en paz si llego a mentir, si no digo la verdad y nada más que la verdad.

—D'acord, juramento aceptado. Tú, Mary Wilson Jones, nacida en Tioga, Dakota del Norte, Estados Unidos de América, de profesión Licenciada en Filología, hija de Peter Wilson y de Carolina Jones González, ¿me aceptas por esposo hasta que el tiempo lo determine?

—Sí, vida mía, mi cielo, te acepto.

Se tiraron uno contra otro, a saco. Parecían jugadores de los Dolphins disputando una pelota de final de Liga. Pero lo que venía pasando entre ellos desde hacía tres años, era más importante y dramático que un simple premio por más dinero que haya en juego. Se trataba de dos vidas humanas y eso no tiene valor de cotización.

Quedaron tirados sobre la arena, besándose bajo las estrellas. Y cuando se acariciaron los cuerpos, separaron las bocas de miraron con deseo ferviente y terminaron sonriendo. Todo era lícito. Eran un matrimonio. Después podrían hacerlo mediante un proceso legal pero, ¿qué impertinente ley terrenal podía ser superior a la ley del amor de dos seres libres? ¿o a la ley del espacio cósmico donde sus astros habían sido testigos y partícipes de una ceremonia galáctica?

Se incorporaron despidiendo arena por todas partes y caminaron hasta donde morían las olas en una marea cambiante. Quitaron sus ropas y desnudos se internaron en el agua. Lo hicieron por breve tiempo y sin alejarse demasiado porque temían que les robaran la indumentaria. La idea que esto pudiera suceder y tener que volver desnudos al apartamento los divirtió mucho y rieron abrazados en el agua.

La inmersión era como un complemento de la ceremonia. Un bautismo para una nueva vida.

A su vuelta a Miami, el informe, conclusiones y dictámenes de los hechos acontecidos dos años atrás, le fue brindado a Mary en la Corte Judicial en dos audiencias consecutivas. Concurrió con Joseph Ulianov y Marcos Maldonado, los dos abogados puestos a su disposición por el bufete de Javier Labrador.

Pero lo más detallado y claro de todo lo acontecido no lo supo por parte de los estrados. Porque al nerviosismo propio que crean esos ámbitos se le suma el lenguaje jurídico lleno de conceptos extraños para los ciudadanos comunes. Un simple comunicado pasa a ser una *cédula* y unos vulgares folios se convierten en *autos* y así casi todo. Además la recreación detallada hace que el pensamiento se retrotraiga a ese pasado traumático, vuela hacia atrás como un pájaro indefenso y caiga en un descenso anímico por un pasado inmodificable. Lo más claro había salido de una conversación informal con el teniente Jack Quiroga.

Los cargos contra Cinthya Heilderberg eran gravísimos. “Asesinato en primer grado contra tu padre, con alevosía, es decir premeditación y ensañamiento por dilatar la muerte. Esto en Florida va desde veinticinco años a reclusión perpetua. Asesinato en primer grado a Mariano Hernández, el Pintura, con alevosía. También la misma condena”.

Mary lo interrumpió. “¿Ella también fue la asesina?”. “¡Pues claro!” respondió Quiroga “Hallamos en su domicilio, bueno, la que era y es tu casa de Coral Gable, la prenda similar a la que usaba Pintura en su afán de jugar a ser *Philip Marlowe* y también el arma utilizada con silenciador. ¿Recuerdas las imágenes que captaron las cámaras de seguridad de dos tiendas?”

Mary recordaba todo. Jack también explicó que el vagabundo que durmió por un tiempo en esa acera era Hernández, padre de Pintura, en un intento demente por estar cerca de su hijo pero sin darse a conocer por vergüenza, por cargos de conciencia. Él la había visto entrar y salir, fingiendo estar dormido. Y también cuando al llegar al coche donde la esperaban sus dos secuaces, fuera del campo de las cámaras, se había quitado las gafas enormes y el sombrero antes de ascender. Había querido asesinarlo con mano propia a ese entrometido que la investigaba, en un alarde de poder e impunidad que la envanecía.

“Hernández registró el número de matrícula del vehículo y recurrió a su amigo de otras épocas y protector de su hijo, Martino Fontevicchia, Marty, ¿sabes? para conocer a quién pertenecía. Cuando lo supo y el azar quiso que lo buscaran para matarte a ti y a tu amigo, el español...”.

“Fernando, se llama Fernando” acotó Mary como si le hubieran roto el cristal de un pelotazo. “¡Oh, claro! Fernando. Hernández vio la oportunidad de vengarse y pasó lo que sabemos”.

Mary quedó pensativa un momento, como quien ata cabos para finalmente preguntar “¿Y cómo supo Hernández lo que había pasado con su hijo dentro del edificio y que esa persona que había entrado iba a por él?”. El policía sonrió. Sin duda, esta chica además de bella era sagaz.

“A eso Hernández no lo declaró. Creemos con los colegas que lo haría con todos los desconocidos que entraban de noche cuando estaba su hijo en casa. No lo sabemos. Mira, hasta alguien habló de intuición de padre. Y aunque esto me parezca descabellado, a esta altura de mi vida ya no descarto nada. ¿Qué? ¿viste extraterrestres?, antes era ¡anda ya! y hoy en día digo: ¡pues, venga!”.

También pesaban sobre Cinthya los cargos de ser la autora intelectual del intento de asesinato de Mary y Fernando y con posterioridad la sentencia de muerte al sicario Hernández que debían ejecutar sus dos cómplices. Al parecer, sus abogados estaban alegando insania mental para que con suerte, pudiera eludir la pena de muerte.

Una sumatoria de años le aseguraban la reclusión perpetua. “Esta vieja que se olvide de limpiarse el culo con hierba” había sentenciado el teniente Quiroga. También recaerían varios años sobre Adrian y Plenko por asociación ilícita.

Melchor Martínez también había sido víctima de estafa por parte de Cinthya, pero no había querido accionar con la justicia. Solo eligió disolver la sociedad. Fernando también había venido para disolver su relación. Y lo que se había desencadenado le había cambiado la vida. Y también la de Mary.

Una vez vestidos, desparramando arena por donde fueran, abandonaron la playa. Al llegar a Collins, Fernando pidió a Mary que lo llevara al hotel a buscar su equipaje.

—Me mudo contigo, ¿vale?

—Qué bueno oírte decir esto, Fernando. Ya estamos casados por lo tanto debemos pensar en vivir juntos, ¿te parece?

—Por eso lo hago, Mary, ¿qué crees? Además, mi deseo de ti ya se hace incontenible.

Ella sonrió y bajó la vista. Se había sonrojado. Fernando se sintió más excitado aún. Subieron al coche y partieron hacia el hotel. Yendo por el puente hacia tierra continental, Fernando pensó que en cualquier momento el vehículo levantaría vuelo. Pero no hizo ninguna protesta. Solo sonrió en silencio mientras pensó que no estaba mal la velocidad. Quería acortar el tiempo. Ansiaba cada vez más estar estrechado con la mujer que amaba.

—¿En qué piensas, mi amor? —preguntó Mary, con esa virtud tan femenina de saber distinguir varios tipos de silencios.

—En que estamos... buscando la noche que perdimos.

—¿Hace tres años? Mira, fue algo ajeno a nuestra voluntad, sí, pero... ¿podremos recuperarla? ¿se puede recuperar el tiempo perdido?

—Usando la lógica, no. Para la matemática terrestre es imposible. Pero, escucha, hay cálculos de la astrofísica en que el tiempo es algo relativo. Quisiera darte algún ejemplo. A ver... ¿sabes que son los agujeros negros? Mira, no te exijas, cariño, sigue conduciendo con cuidado que te lo explico un poco al pasar, ¿vale?

—De acuerdo. No olvides que soy solo azafata, guapo. No pidas que conduzca la nave. ¡Ah! también soy filóloga, pero creo que tampoco sirve. Así que, ¡adelante con la clase!

—No, mira... es que puede que sea una tontería lo que pensaba decir... mejor déjalo...

—¡Nooo! Cariño mío, ¡no pongas en riesgo tu vida por tan poco! A los Wilson no se los deja de plantones. Venga esa explicación ahora mismo o freno y te bajas. Así de simple.

Mary apenas pudo contener la risa. Estos juegos de enojos fingidos los hacía con su padre. Son bromas que acostumbran la gente del norte para pasar entretenidos los largos encierros durante los duros inviernos. Como todo latino que se precie de listo, Fernando entendió rápido la jugada y siguió la broma.

—¡No, no, señorita Wilson! ¡No me haga bajar, por favor!

—Señora Wilson debe usted decir. Acabo de casarme, caballero. ¡Sépallo usted! Y ahora venga, ¿qué pasa con esos buracos negros?

—Agujeros. —Fernando acabó con el último resto de risa—. Es una región que tiene un lapso de existencia, como las estrellas, compuesta de una masa densa, gasificada, poseedora de un campo de gravedad que puede encerrar todo lo que lo contacta, sin dejar escapar ninguna partícula de materia. Ni siquiera la luz. Cuando se desintegra, la luz aprisionada vuelve a ser liberada como luz, como si el tiempo no contara, se hubiera suspendido.

—¿Dónde hay agujeros negros?

—Se ubican en el centro de cada galaxia.

—¿Y cómo se puede suspender el tiempo como esa luz aprisionada?

—Haciendo que nuestra mente y nuestro corazón, que son finitos como los agujeros negros, mantengan suspendidos los tiempos que no fueron. Hasta que una poderosa fuerza energética como el amor los liberen y sean.

Una vez retirado el equipaje emprendieron el regreso. El trayecto pareció más rápido y casi ausente de diálogos. Desde la radio, la música de Alan Walker parecía ser la dueña del espacio sonoro. Ella preguntó si lo conocía. Él contestó que apenas. Que era su hermana quien lo escuchaba. Al aparcar, Mary habló de la arena que habían desparramado dentro del Ford Escape.

—No sé si mañana llevarlo al *car-wash* o dejar esta arena como *souvenir* de nuestra boda.

Dentro del apartamento, Mary le indicó a Fernando que abriera su maleta y acomodara su equipaje, relatándole su experiencia en Tioga. Que no era bueno estar como de paso. Al menos, se quedaría seguro cinco días hasta que ella regresara de Japón. Fernando le dio la razón y sacó sus prendas, acomodándolas en los huecos que pudo hallar en el armario. Solo dejó sobre la cama lo que pensaba usar una vez que se quitara lo que llevaba puesto.

Se besaron con pasión. Y cuando las bocas parecían que eran el prelude para proseguir el camino hasta tener relaciones sexuales, se separaron, como si se entendieran por pensamientos únicos y cumplieran un

proceder acordado. La idea de ducharse juntos era tentadora y lo comentaron. Pero como esa noche parecía ser dedicada a las ceremonias decidieron seguir los pasos de observancia a la lógica. La fiesta de una boda no se hace al mismo tiempo que la ceremonia en el templo.

Primero se duchó Mary y luego pasó Fernando. Se vistieron y bajaron. Fueron hasta el *Bleau Bar*, que estaba muy próximo. De haberse cumplido un encuentro íntimo en “*la noche perdida*”, lo normal era que hubieran ido a cenar o tomar algo hasta que finalmente terminaran en el domicilio de ella, el hotel de él o cualquier otro, para prodigarse ese amor de pocas horas que quien sabe por qué extraño sortilegio o capricho de la existencia, parecía de toda la vida.

—¿Habrá sido necesario todo este sufrimiento? —preguntó Mary—. Digo, toda esta angustia pasada.

—Yo también me lo pregunto, Mary querida, mi vida. Lo hago desde que nos hemos reencontrado. Este y muchos otros interrogantes de los que aún no tengo respuesta.

—¿Cuáles otros?

—Bueno, por ejemplo, cualquier otra pareja, teniendo en cuenta lo que nos deseamos, yo al menos, no estarían aquí bebiendo unos tragos sino gozando en una cama desde el primer momento en que bajaron del avión.

—¿Dudas si yo te deseo?

—No es que dude. Simplemente hablo por mí. Siempre guardo mucho respeto en no hablar por los demás. Lo aprendí de mi padre con solo observar su proceder. Ni siquiera me lo inculcó. Mi abuelo materno repetía una frase de Gurdjieff que dice “*El verdadero maestro enseña con el ejemplo*”. Que cada uno diga lo que sienta y cuando quiera. Estoy segurísimo que me amas, Mary, ¡por dios! ¡apuesto mi vida que es así! Pero eres tú quien determina decirlo y en qué momento.

—Entiendo y valoro tu actitud. Pero quiero que sepas que sin proponérmelo, solo por ducharme he tenido un orgasmo. Mientras tú lo hacías y yo me vestía tuve otro. Y ahora tengo ganas de llorar. No sé si podré contenerme, estoy luchando. Y todo es porque te adoro, por la felicidad de verte, no sé, también por miedo a perderte, porque la tragedia pueda volver a mi vida.

—Trata de no pensar en las desdichas pasadas. No de manera que opaquen tu felicidad del momento. Lo malo que nos pueda ocurrir, ocurrirá, sin preaviso, y lo bueno también. Y si lo reforzamos con la fuerza del amor,

esa energía tan pura y poderosa, estaremos preparados para enfrentar los reveses y hacerlos menos duros. Estaremos serenos. “*No temas*”, repite Jesús varias veces a lo largo de los evangelios. Y creyente o no, yo creo que ese chaval no estaba equivocado.

Camino de regreso al apartamento, Fernando propuso que cada uno definiera con el ejemplo que le fuera llegando a la mente, qué era el amor.

—¿Qué es el amor? ¿Con lo que llegue a mi mente? —preguntó Mary —. Bueno... el amor son los atardeceres de Tioga.

—El amor es un avión que te devuelve el amor.

—El amor es la diosa Filología amada por un Astro luminoso.

—El amor es Nuria luchando por sobrevivir a la riqueza.

—El amor es Víctor ofreciendo su vida para salvar otras vidas.

Apenas cerraron la puerta del apartamento se besaron como si se estuvieran despidiendo. Fueron quitándose la ropa sin prisa y temblando. Fernando pensó que siempre se había planteado sobre quiénes eran los afortunados que conquistaban a las mujeres guapas. Ahora sentía que él era uno de ellos. También comprendía que la belleza era modelada por el amor, más allá de las formas. Mary pensaba que Fernando no era solo guapo. Poseía valores humanos firmes y positivos. Una muestra era que ante el dolor no se había doblegado. Que a los reveses había decidido enfrentarlos escribiendo una novela.

Estaban acostados mirándose enfrentados. Parecían temer que una vez concluido el acto sexual todo se terminaría. Que dilatar el comienzo alejaría el final. Porque todo tiene fin. Hasta los Agujeros Negros del Cosmos. Pero al parecer, la eternidad estaba conformada por finales y principios. Visto así, ninguna noche postergada se pierde. Queda reservada en alguna parte de la mente o del espacio. Ese tiempo es inmarcesible. Por ese convencimiento mutuo que transmitieron mediante sus miradas, comenzaron a besarse.